

E. SOBRINO

Editor

LA EDUCACIÓN
Caños, 6. MADRID

ESPEJO
DE LAS
NIÑAS
POR
VALLE.



LIT. WATEU-MADRID.

Lios
Lios



K.416243

L.T. 1359



EL ESPEJO DE LAS NIÑAS



TRATADO

DE

EDUCACION MORAL É INTELECTUAL

ESCRITO POR

DON JENARO DEL VALLE



APROBADO PARA LA ENSEÑANZA

VIGÉSIMACUARTA EDICION



LA EDUCACIÓN

LIBRERÍA Y CASA EDITORIAL DE D. EUGENIO SOBRINO
calle de los Caños, número 6
MADRID

ES PROPIEDAD

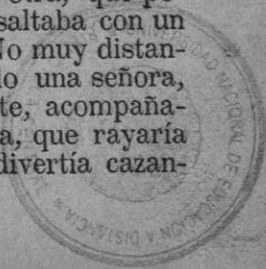


MADRID.—Est. tip. de G. Juste, Pizarro, 15.



DIOS Y EL UNIVERSO

Era una hermosa mañana del mes de Mayo. Por una deliciosa y fértil campiña corrían alegremente dos niñas. La una, como de unos cuatro á cinco años, rodaba un arito con cascabeles: la otra, que podría tener unos ocho años, saltaba con un cordón de bonitos colores. No muy distante de las niñas iba paseando una señora, de joven y amable semblante, acompañada de su esposo y otra niña, que rayaría en los diez años, la cual se divertía cazan-



do mariposas.) Todos estos personajes dirigíanse hacia una quinta, que al frente se veía, rodeada de gruesos árboles y bellas y olorosas plantas. Delante de la puerta salpicaba el verde césped una cristalina fuente, y cuando las niñas llegaron á ella se apresuraron á beber de su fresca y dulce agua. Sofía (que así se llamaba la más pequeña), mirando al fondo del estanque, prorrumpió en alegres exclamaciones:

—Mira, Elisa, mira, ¡qué bonitas cosas hay dentro del agua! Flores, árboles, muchos pajaritos y una niña como yo. ¡Ah! ¡También otra como tú! añadió cuando se acercó la del cordón.

—¡Eh! replicó Elisa, eso no está en el agua: es todo lo de aquí fuera, y se ve como en el espejo que tenemos en casa. Mira, ya ves también á nuestra hermanita Julia... y á papá y mamá.

Llegaban entonces á la fuente la señora y su esposo con la niña mayor. Sofía continuaba entusiasmada con lo que estaba viendo.

—¡Qué pájaros tan bonitos! decía; ¡qué flores, qué mariposas!

—¡Cosas muy preciosas hay en el mundo! exclamó Julia.

—¿Cuál es el mundo? preguntó Elisa.

—Hija mía, contestó el padre, yo te lo diré. Sentémonos á la sombra de este emparrado, y os hablaré de muchas maravi-

llas que tú y tu hermanita ignoráis, y que si Julia ya tiene algún conocimiento de ellas, conveniente le será oírlas explicar del modo que yo lo haré.

Las niñas besaron á su mamá, se sentaron, y el padre principió diciendo así:

—El *mundo* es todo lo que se comprende en la grande extensión del *cielo* y de la *tierra*. En cualquier parte que fijamos nuestra vista, observamos un sinnúmero de prodigios. El sol, fijo allá en lo alto, derrama sobre nosotros inagotables torrentes de luz y de calor. Debajo de ese hermoso azul que nos admira y regocija, vemos cruzar tantos y tantos pajarillos, que nos encantan con sus variados colores y nos entusiasman con sus melodiosos cánticos. En derredor nuestro se alzan lozanas plantas y frondosos árboles, que nos recrean con sus preciosas flores y nos deleitan con sus agradables frutas. Sobre la tierra en que vivimos existe una infinidad de animales de distintas formas y de costumbres diferentes. En medio de la tierra se contiene la inmensidad de los mares, en cuyas aguas habitan innumerables peces de extrañas figuras de suma utilidad.

Todas estas maravillas siguen un orden constante en el curso de su existencia. El sol aparece á nuestra vista por la mañana y se oculta por la tarde, produciendo

do, sin faltar jamás, el día y la noche. Las plantas, cada cual según su clase, y siempre con la misma regularidad, producen flores semejantes, igual género de frutos. Los animales y las plantas nacen, crecen y mueren, dejando renuevos de su especie para que hagan lo mismo que ellos.

Ahora bien: ¿quién hizo cuanto hay en el mundo? ¿Quién ha dado á todas las cosas este orden tan admirable? Suponer que todo esto puede crearse por sí mismo sería una locura. Precisamente hubo una mano que formó el *universo*, tan bello, tan bien coordinado. ¿Esta mano sería la de un hombre? Imposible, pues también es el hombre uno de los seres que existen en el mundo, y como todos ellos, nace, crece y muere. Con que indudablemente lo hizo un Ser que era más que un hombre, que ya existía antes de haber mundo: un Ser superior á todo lo creado; que no tuvo principio, porque si lo hubiera tenido sería también una de las cosas creadas, y no anterior á todas ellas; un Ser infinitamente bueno, que nos dió la vida, colmándola de beneficios, al ponernos al lado de una madre que nos ame, de un padre que nos proteja, de unos hermanos que nos hagan sentir cuán dulce es amar y ser amado; un Señor que con infinita sabiduría nos proveyó de todo lo necesario para la vida, y

con ilimitado poder ordenó en un solo momento el universo; que cuida de sus criaturas, pudiendo destruirlas como fuere su voluntad.

Este Criador universal, este Señor tan bueno, tan sabio y poderoso, á quien todas las cosas deben su principio y su fin, es Dios.

Cuando Dios quiso hacer el mundo, bastó á su voluntad el decir: «*hágase*», y el mundo quedó hecho en un instante, con todas las perfecciones que admiramos.

Creado el primer hombre, luego formó Dios á la primera mujer, para que de estos dos seres se compusiese la especie humana, obra la más hermosa que crió sobre la tierra.

La mujer es de débiles fuerzas, de formas muy delicadas. Su sensibilidad es exquisita, su imaginación es activa y penetrante, su paciencia es extremada.

La mujer (lo mismo que el hombre) consta de un *cuerpo* y un *alma*.

—El cuerpo ya sabemos cómo es... interrumpieron á la vez las niñas.

—Sabéis cuál es, repuso el padre, pero no conocéis el orden tan admirable con que está dispuesto; prestadme atención, os lo diré.

EL CUERPO HUMANO.

El cuerpo humano descansa sobre dos *pies*, los cuales, por su flexibilidad y fortaleza, le sirven para andar derecho, y no doblado hacia la tierra como los demás animales.

En la parte más alta del cuerpo está la *cabeza*, unida por el *cuello* al *tronco*. Los dos lados altos de éste son los *hombros*, donde principian los *brazos*, que terminan en las *manos*. Debajo del *cuello*, por delante, está el *pecho*, por detrás la *espalda*. Se contiene por debajo del *pecho* el *vientre* y á sus lados las *caderas*. El *tronco* se apoya en las *piernas*, y á éstas las sostienen los *pies*.

Todas estas partes que he nombrado se forman de una materia dura, que es el *hueso*, cubierta de otra blanda, que es la *carne*, á todo lo cual dan juego y vida unas sustancias líquidas; que son *sangre* y *humores*. La parte exterior del cuerpo está vestida de una piel muy fina llamada *cutis*.

La *cabeza* por encima está cubierta de *pelo*, ó *cabello*, siendo éstos unos hilos finísimos que salen de la piel. Por dentro de ellos corre el jugo que los alimenta; según el humor de éste, varía su color en rubio, castaño ó negro; faltándoles ese humor, se vuelven blancos, esto es, se secan y se

caen. El cabello defiende á la cabeza de los rigores de la intemperie, y al mismo tiempo es en las mujeres uno de sus más preciosos adornos. Por esta razón es necesario peinarse diariamente, ayudando á mantener el cabello jugoso con un poco de pomada ó aceite, siendo por lo tanto muy perjudicial emplear el fuego para los peinados.

La parte de adelante de la cabeza es la *cara ó rostro*. En lo más alto está la *frente*, debajo de ella los *ojos*, en el centro la *nariz*, á los lados los *carrillos* y más abajo la *boca*. Detrás de los carrillos sobresalen las *orejas*.

En los ojos tenemos una prenda inestimable de la bondad del Criador. De una sola mirada abarcamos un inmenso espacio del cielo y una larga extensión de la tierra: vemos la hermosura de la luz, la belleza de los colores y las diferentes formas de los objetos que nos rodean. Sin este precioso don, nuestra vida carecería de los principales atractivos de la naturaleza; en todo lugar á cada paso nos cercarían innumerables peligros. Los ojos, pues, son una de las partes más necesarias al cuerpo humano, y al mismo tiempo de las más expuestas á padecimientos. Por esta razón la Divina Providencia, para defenderlos de la excesiva luz, del aire, del polvo y de otras impresiones que les perjudican,

les puso las *cejas*, los *párpados* y las *pestañas*.

Toda persona sensata debe procurar que conserven sus ojos la preciosa facultad de *ver*, la cual se gasta ocupándose de continuo en labores minuciosas á la luz cansada ó artificial, como también á una claridad brillante; bebiendo con exceso licores espirituosos; viviendo en las habitaciones mal ventiladas y descuidando la debida limpieza de los ojos.

—Ya recordaréis, interrumpió la mamá, cuando Paulina, la niña de doña Teresa, estuvo tan mala de los ojos. Pues sabed que aquella niña era muy aplicada al trabajo. Estaba siempre haciendo camisas, bordados y otras cosas de mucho primor para sus hermanitos. Pero había dado en la costumbre de ponerse al sol para todas sus labores. De noche se ocupaba en adornos con cuentecitas de cristal, y en bordados de muchos colores y de suma delicadeza. Con semejantes trabajos principiaron á ponérsele los ojos malos, y aunque su mamá la reprendía por sus desaciertos, y le decía que se lavase los ojos todos los días con agua tibia, ella ni se enmendaba, ni se cuidaba de lavarse. Un día que se celebraba en su casa cierta fiesta, bebió diversos vinos y licores, y al día siguiente se desarrolló en sus ojos una enfermedad que, como sabéis, la tuvo cerca de seis me-

ses padeciendo agudísimos dolores, con riesgo de perder la vista para siempre. Lástima daba ver á la pobrecita sufrir las operaciones que el médico la hacía, y el tener que pasar un día y otro en una habitación donde no penetraba la luz del sol, sin poderse mover de la silla.

—Y aun después de haber curado, añadió Julia, le han quedado los ojos tan delicados, que cuando cose ó lee demasiado, le duelen, y para ver bien tiene que acercarse mucho á lo que mira.

—Hijas mías, prosiguió el papá, ya conocéis cuánto conviene apreciar las advertencias de los que os enseñan á evitar el peligro.

Muy importante también es el servicio que nos prestan las orejas. Por medio de ellas oímos los sonidos, que nos recrean y embelesan, nos conmueven y entristecen; nos hacen comprender lo que otras personas expresan con su voz, y nos avisan igualmente de muchos peligros. Delicada es también esta parte de nuestro cuerpo, siendo fácil de perder la facultad de oír viviendo en lugares húmedos ó desaseados; y así debemos cuidar constantemente de la limpieza interior de las orejas, pero sin introducir en ellas palillos, alfileres, ni otros objetos en extremo perjudiciales.

Por las narices percibimos la fragancia que sale de las flores y de las frutas, y

también los olores desagradables. Perjudicial es á nuestra salud permanecer mucho tiempo en sitios mal ventilados y en donde hay olores corrompidos.

Muy necesarios á nuestra vida son los varios usos para que nos sirve la boca, la cual está configurada por los *labios*. En el fondo de ella está el *paladar*, que es aquella parte donde sentimos los *sabores*; de lo dulce, lo agrio, lo amargo, lo salado y lo picante.

La *dentadura* guarnece la boca, adorna la cara, ayuda á pronunciar bien las palabras y es necesaria para masticar los alimentos. Está colocada en dos *encías*, y se compone de una clase de huesos quebradizos, revestidos de un esmalte blanco y brillante. Los cuatro que están en el frente de ambas encías se llaman *dientes incisivos*. A cada lado de éstos hay un *colmillo*, y seguidamente las *muelas*, llamadas así porque sirven para moler los manjares introducidos en la boca.

Siendo, pues, los dientes tan útiles, debemos procurar por todos los medios conservarlos en el estado más perfecto, evitando todas las cosas que les perjudican, cuales son: el partir con ellos huesos de frutas, nueces, piñones, el hilo, la seda y otras cosas muy duras; el comer frutas agrias ó abusar de los dulces; el pasar repentinamente comiendo ó bebiendo una

cosa en extremo caliente á otra excesivamente fría. Conviniendo, por tanto, cuidar de la limpieza de la dentadura, es preciso frotarla diariamente con un cepillito suave y enjuagarse con agua tibia siempre después de haber comido, sin hacer uso jamás de alfileres y de otros instrumentos de metal, y sí sólo de mondadientes de madera.

En la parte más interior de la boca principia la *lengua*, que es el instrumento del habla. En aquel punto hay dos conductos que bajan por dentro de la *garganta*. El primero es el que forma la voz y por donde respiramos, lo cual se hace bajando el aire á lo interior del pecho; allí le reciben los pulmones, compuestos de un gran número de vejiguitas y le vuelven á soltar para tomar otro nuevo, semejando así el movimiento de un fuelle. Cuando nos agitamos demasiado, los pulmones se mueven precipitadamente, y nos es forzoso el descanso para respirar.

— Cuando veníamos corriendo, interrumpió Elisa, yo estaba tan cansada, que al llegar á la fuente ya no podía respirar.

— Y yo al beber me ahogaba, repuso Sofía.

— El conducto de la respiración, prosiguió el papá, está construido con tal artificio, que le tapa una ligera piel cuando tragamos, impidiendo que los alimentos

caigan en él y nos ahoguen. Por esto debe cuidar toda niña de comer y beber despacio, sin atragantarse, que es cuando la comida ó la bebida se resbalan hacia este conducto y causan gran tos, con peligro de cortar la respiración. La voz se forma en el centro de la garganta, llamada *nuez*, siendo el aire agitado por el pecho, y al salir recibe diversas modulaciones con la lengua, el paladar, los dientes y los labios, constituyendo las palabras. El gritar con exceso, el mucho frío, la humedad y el demasiado calor, lastiman la garganta y perjudican á la voz.

Es en extremo reprehensible la costumbre que tienen muchas niñas de ponerse en la boca alfileres, agujas, huesos de frutas y otros objetos pequeños, que fácilmente pueden correrse hacia la garganta y ocasionar una muerte inevitable.

El segundo conducto es el que introduce el alimento en el *estómago*. Después que los manjares han sido masticados por los dientes, la lengua los dirige hacia la garganta, y ésta, comprimiéndolos, hace que bajen al estómago, para ser allí digeridos.

Mientras la digestión se verifica, es muy dañoso darle al estómago un nuevo alimento, mayormente siendo de cosas dulces ó agrias, y es perjudicial mojar el cuerpo, leer ó escribir y hacer ejerci-

cios fatigosos. Así, pues, debe tenerse tranquilidad por una hora lo menos después de haber comido, que es el tiempo indispensable para que los alimentos se disuelvan y conviertan en sustancia nutritiva. Esta sustancia es la sangre, la cual corre dentro de unos tubitos muy finos, que partiendo desde el *corazón*, la esparcen por todo el cuerpo, y esto se llama *circulación* de la sangre. Los tubos que reciben dicha sustancia y la conducen al corazón se llaman *venas*: los que desde este punto la reparten en el cuerpo son *arterias*.

El corazón está en el pecho hacia el lado izquierdo, en continuo movimiento para dar impulso á la sangre. Alrededor del corazón están los pulmones. En el vientre se halla el estómago, que es una bolsa blanda, unida á los intestinos. Estos se forman de un tubo de piel finísima, retorcida por muchas vueltas. Allí pasan los alimentos digeridos en el estómago, y se hace la separación de la parte nutritiva.

Cuando el estómago está vacío, sentimos en él una tirantez que nos excita á comer, á lo cual llamamos *hambre*. Después de comer, ó cuando nos acaloramos, experimentamos un deseo de beber, y á esto llamamos *sed*. El comer y el beber debe hacerse sólo en cuanto baste para saciar el hambre y la sed, pues el hacerlo

con exceso produce grandes enfermedades.

Las niñas deben acostumbrarse á toda clase de alimentos, ya groseros ó ya delicados, teniendo presente que los guisos con mucha sal ó muchas especias no son saludables. Los licores entorpecen la digestión y enardecen la sangre: los ácidos, tomados con demasía, dañan al estómago.

La piel ó cutis que cubre todo el exterior del cuerpo humano, fácilmente se resecaría y quebraría si no la mantuviese flexible un humor grasiento llamado *sudor*, que sale sobre ella por unos agujeritos imperceptibles denominados *poros*. Estos absorben también y comunican á todo el cuerpo las partículas de cualquier sustancia que toque á ellos, por lo cual es en extremo dañoso usar ropas sucias, ó que hayan tenido roce con malos humores; el recibir humedades y el estar mucho tiempo donde los aires se hallen corrompidos. A causa de la finura del cutis, conocemos al tocar una cosa si es dura ó blanda, si áspera ó suave; sentimos el frío y el calor. Esto es lo que se llama el *tacto*.

En la parte más alta de la cabeza, en su interior, están los sesos ó el *cerebro*. De aquí salen una infinidad de cuerdecitas blancas y relucientes que se extienden por todo el cuerpo, y se llaman *nervios*. Los nervios que llegan á los ojos hacen que

veamos; los que entran en las orejas nos proporcionan el oír; los que tocan en las narices nos suministran los olores; los nervios que pasan por la boca nos dan el gusto de los sabores, y los que atraviesan por la piel nos causan la sensación del tacto.

Al llegar aquí se oyó el toque de una campana, y el padre interrumpió su narración diciendo: Hijas mías, ya es hora de comer; lo apacible del día y la hermosura de este sitio nos convidan á que lo hagamos aquí; con que si queréis, podremos decir que nos saquen la comida, y disfrutaremos las delicias de este ameno recinto.

—Sí, sí, papá, con mucho gusto, exclamaron á la vez las niñas.

Mientras el padre, habiendo entrado en la quinta, daba sus órdenes para la comida campestre, las niñas, llenas de regocijo, se pusieron á coger muchas flores de las más preciosas que se ofrecían á su vista, con intención de regalárselas á su mamá.

—Sofía, tú no cortes rosas, dijo á la más pequeña su hermana Julia. Tienen unas espinas muy agudas y te punzarán las manos. Coge violetas, zándalos, artemisa y otras hierbas de las que huelen tan bien.

Apenas la niña había dicho esto, Elisa dió un agudo grito, y exclamó:

—Mira, mira, Sofía, si es verdad lo que la hermanita te dice. Los dedos tengo en-

sangrentados por las espinas de estas rosas hermosísimas y las más olorosas de cuantas flores hay aquí.

—Lávate pronto; báñate bien las manos en agua fresca de esta fuente, y el dolor se te calmará, le dijo Julia.

Hízolo así la niña como su hermana le decia, y enseguida llevaron á su mamá un grande y gracioso ramillete.

Al mismo tiempo ya el padre salía de la casa, acompañado de dos criados, que les sirvieron una sabrosa comida á la sombra del emparrado. Al principiar á comer, Sofía encontró muy amargos y de muy mal sabor los pedazos de pan que se llevaba á la boca. Manifestándolo á su mamá, ésta le hizo advertir que tenía las manos sucias y conservaban todos los sabores de las flores y plantas que había tocado.

La niña se lavó con esmero, y luego ya comió alegremente.

Concluida la comida, el papá dijo á las niñas:

—Ahora sería muy perjudicial, como ya os dije antes, que os acaloráseis; y así, mientras tomáis un poco de reposo, concluiré lo que me resta deciros acerca del cuerpo humano.

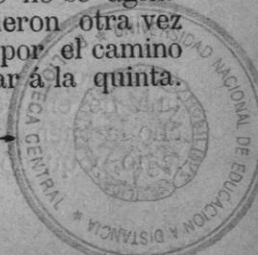
La naturaleza del cuerpo humano es delicada, particularmente la de la mujer; así, pues, toda niña debe evitar cuidadosamente cuanto sea perjudicial para el com-

pleto desarrollo de sus facultades. El hacer grandes esfuerzos, ó el tener demasiada quietud, el comer con desarreglo, el sofocarse con frecuencia y el oprimirse con el corsé ú otras ligaduras producen en las niñas fatales resultados. Lo verdaderamente útil es un sistema constante de alimentos, un estudio razonable, paseos y juegos al aire libre.

Después de sus ejercicios el cuerpo necesita descanso, y es también un alimento el tranquilo sueño, pero igualmente perjudica si se toma con exceso. La cama de una niña no debe ser extremadamente blanda, ni estar en dormitorio mal ventilado, que tenga olores. Muy dañoso es para una niña dormir con otra mal sana ó con persona mayor que ella; siéndolo asimismo el arroparse tanto que promueva un excesivo sudor.

Las niñas deben acostumbrarse á vestidos ligeros y que permitan al cuerpo moverse con toda libertad. El calzado estrecho estropea los pies.

Aquí terminó el papá sus explicaciones diciendo á las niñas que no se agitasen demasiado, y se dirigieron otra vez alegremente hacia su casa por el camino que habían traído para llegar á la quinta.





EL ALMA RACIONAL

Era ya el mes de Julio, tiempo en que se acercaban los exámenes de las niñas en la casa de educación donde asistían Julia y Elisa. El protector de aquel colegio era un venerable párroco muy instruído y bondadoso. Una mañana se presentó á las niñas en la hora de la enseñanza, y examinando las diversas labores á que cada una de ellas estaba dedicada, elogió mucho la buena dirección de la señora del colegio, y quedó muy satisfecho de los ade-

lantos de las discípulas. Enseguida hizo á todas ellas diversas preguntas en los ramos que se dividía la enseñanza; y con el fin de que estuviesen bien adiestradas el día que se verificasen los exámenes en presencia de todos los padres y demás personas convidadas, juzgó conveniente hacerles algunas explicaciones. Entre ellas, al tratar de nuestra alma, les dijo:

—Los conductos por donde conocemos los objetos se llaman *sentidos*. Los sentidos son cinco: la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto. Estas sensaciones las experimenta el *alma*, que es quien gobierna el cuerpo, y que no tiene forma como él.

Las sensaciones pasan; pero á veces, después de algún tiempo, se nos presentan con tal verdad como si en aquel momento las experimentásemos. Esto lo hace el alma por medio de la *memoria*, que es la facultad de recordar lo que ha pasado.

Al recibir una sensación, ó al recordar una cosa pasada, formamos un juicio, diciéndonos: «esto es bueno: aquello es malo.» La facultad con que el alma forma este juicio es el *entendimiento*.

Hay en el alma otra facultad, por la cual hacemos ó no hacemos una cosa, según que nos acomoda, y esta es la *voluntad*.

Los animales no tienen entendimiento. Sus operaciones las hacen por un instinto

que Dios les ha dado para ejecutar lo conveniente á su conservación, pero sin saber por qué lo han de hacer así. Nosotros en todo obramos por la *razón*, que nos presenta unas cosas como mejores y otras como peores; á causa de esta razón nuestra alma es *racional*.

En todas nuestras acciones experimentamos placeres ó disgustos. Aquel sentido interior que nos dice si nuestras acciones son buenas ó malas, se llama *conciencia*.

Dios, que dotó á nuestra alma de tales perfecciones, la hizo *inmortal*. Cuando el cuerpo muere, el alma sube á la celestial morada, para no salir de ella jamás. Allí el mismo Dios la recompensa en proporción á lo que hayan sido sus méritos acá en el mundo.

Pero si grande es el goce que nos aguarda allá en el cielo, no por eso debemos apresurar nuestra hora; no debemos desearnos la muerte. A nadie le es lícito disponer de su vida; el Señor, que se la dió, sabe cuándo á cada uno le conviene quitársela, y el oponerse á su voluntad es una grave ofensa al Criador. Debe, pues, cada cual esperar la hora en que Dios quiera llevarle á su lado, cumpliendo entretanto las obligaciones que Dios le impuso al darle la vida. Estas obligaciones son las que miran á la conservación del

cuerpo y al perfeccionamiento del alma, mejorando constantemente su suerte.

En la perfección del alma consiste el único bien ¡oh niñas! que os ha de conducir á la felicidad. La hermosura del cuerpo es perecedera; es una belleza engañosa cuando no se acompaña con el mérito verdadero y sólido.

Este mérito está en la *virtud*, la *instrucción* y la *bondad del carácter*. Una mujer sin estas cualidades vale menos que un buen retrato ó una buena estatua, porque éstos recrean la vista sin ofender al que nos mira, al paso que aquélla perjudica lastimosamente á los que la rodean.

La mujer que dotada de las gracias exteriores carece de las que perfeccionan el alma, no ama ni estima sino á sí misma, se imagina que todo debe rendirse á su presencia, y trata con desprecio á las demás personas. Con esto se juzga dichosa, cree que reina sobre la tierra; pero su reinado es tan frágil como el breve tiempo que dura su belleza; su lucimiento es como el de la rosa. Si brilla en la primavera de sus días, pronto se marchita, y entonces la mujer, que no tenía otro mérito que el de su hermosura, sufre el desengaño de verse menospreciada de los mismos que antes la adulaban. Conoce ya tarde su error; se entrega á la tristeza, y el sentimiento acaban con su vida. Ved aquí, ni-

ñas, esto explicado en un ejemplito que os voy á leer en este libro.

Tomó el buen sacerdote un librito, entre varios que allí había sobre la mesa, y leyó así:

Brilla en la esfera frondosa
de verde rico pensil
engalanada la rosa,
lozana entre flores mil.

Y es su aroma
delicioso;
es hermoso
su verdor;
su contorno
delicado;
nacarado
su color.

Envidian las otras flores
tanta gala, beldad tal,
que aunque ellas tienen primores,
aquélla no tiene igual.

Y pretenden
desde el suelo
llegue al cielo
su gemir,
porque quiso
con dureza
su belleza
deslucir.

En tanto la rosa, erguida
con orgullo la cerviz,

de aquella región florida
se corona emperatriz.

Y á tal punto
se envanece,
que parece
que allí ve
cuantas plantas
hay creadas
humilladas
á su pie.

Mas ¡ay! que no mira
llegar á su fin
el término breve
que habrá de vivir.

Nacida en el alba
risueña en Abril,
alegro capullo
de fino carmín,
salpican sus hojas
mil perlas y mil,
que al cielo reflejan
variado matiz.

Le halagan las gracias,
el aura sutil
la mece y arrulla
con suave reir;
y al verla, gozosa,
tan bella y gentil,
la besa los labios
de ardiente rubí.

*Mas ¡ay! que no mira
su júbilo el fin

del término breve
que viene á vivir.

El sol que la juzga
subiendo al cenit,
deidad que á la tierra
bajó del zafir,
las cándidas sienes
le viene á cubrir
vistiéndole luego
crespón carmesí.

Y así desplegarse
ve pronto el jardín
pomposa y ufana
la rosa de Abril,
á quien tedio inspiran
clavel y alelí,
enojo la adelfa,
desprecio el jazmín.

Mas ¡ay! que no piensa
su orgullo en el fin
tan triste que pronto
tendrá su vivir.

Los rayos ardientes
la empiezan á herir,
y van su escarlata
cambiando en marfil.
Se arruga su frente;
su tallo sutil
apenas ya puede
su peso sufrir.

Y allí deshojada,
del céfiro al fin

arrastra la arena
cual torpe reptil.
Y aprenden las flores
del verde jardín,
que há poco envidiaban
su esbelto perfil.

Que el término breve
que vino á vivir,
si fué más hermosa,
más triste es su fin.

No sucede así, queridas niñas, prosiguió el eclesiástico, á la mujer que, aun teniendo defectos personales, posee el verdadero mérito del alma. Su gloria es menos resplandeciente, pero es más pura. Todos la elogian. Sus buenas cualidades le atraen las voluntades de los demás, y el tiempo, que marchita las gracias de una hermosura, no hace sino añadir nuevo lustre al mérito de una mujer *virtuosa, instruída y amable*.

Concluyó el bondadoso párroco sus máximas con los siguientes versos:

La belleza del cuerpo
desdichas mil envuelve
cuando al alma le faltan
la virtud y el saber que la embellecen.

Son las grandes bellezas
felices raras veces:
sus gracias inconstantes,
cual suele hermosa flor, desaparecen.

La historia que en sus fastos
su memoria encarece,
las más veces acaba
llorando su infeliz y triste suerte.

Al paso que corona
con gloriosos laureles
la ciencia y las virtudes,
su memoria ensalzando eternamente.





LAS VIRTUDES

Pocos días después de la distribución de premios en el colegio, se hallaba en su casa doña Adelaida, ocupada en adornar un trajecito para su niña Sofía, la cual allí, á su lado, se divertía en vestir una muñequita. Junto á ella estaba Elisa muy entretenida, cosiendo primorosamente una camisita para su hermana Julia; y ésta, en aquel momento, llegó de estudiar sus lecciones. Toda aquella familia invertía el tiempo juiciosamente. La mamá, viendo entrar á Julia, le mandó que leyese en alta

voz un librito que había dejado el papá con este objeto, y se titulaba *Deberes de las niñas*.

La obediente hija lo tomó al punto, y sentándose cerca de su hermanita Elisa, principió así:

AMAR Y SERVIR Á DIOS.

Nuestra existencia se la debemos á Dios. Al traernos al mundo nos dió una madre cariñosa que nos alimentase y nos cuidase, y un padre que con su trabajo proveyese á nuestra subsistencia. Todo cuanto crió sobre la tierra lo conserva el Señor para nuestro provecho. Él vela incesantemente por nuestra vida, y nos guarda allá en su seno una eterna felicidad.

Ahora bien; si á Dios debemos tantos beneficios; si este Señor es el más amoroso de todos los padres, el mayor de todos los señores, ¿no debemos amarle mucho más que á ninguna otra cosa de las que excitan nuestro cariño? ¿No debemos poner todos nuestros cuidados en agrádarle y servirle? Cuando amamos sinceramente á otra persona, evitamos con cuidado todo lo que la desagrade, y hacemos con actividad y celo aquello que pueda complacerle. Pues así debemos ejecutarlo con Dios, evitando lo malo y practicando lo

bueno, siguiendo lo que nos manda y apartándonos de lo que nos prohíbe. Nos manda conducirnos con los demás del mismo modo que quisiéramos que se condujesen con nosotros; nos manda observar todas las prácticas de la religión y cumplir fielmente las obligaciones de nuestro estado; nos prohíbe hacer á los demás lo que no quisiéramos que á nosotros nos hiciesen; nos prohíbe quebrantar su santa ley, perdiéndonos en el vicio.

A Dios nada se le puede ocultar, ni el más secreto de nuestros pensamientos. Está en todas partes, todo lo ve, todo lo oye. Por lo tanto, en cada una de nuestras acciones procuremos ser agradables á los ojos del Criador.

La primera señal que debemos darle de nuestro amor y respeto es la oración. Por medio de ella debemos implorar de su divina gracia que nos ampare y proteja en nuestras tribulaciones; con ella, glorificando su poder y su bondad, demos gracias á Dios por los innumerables beneficios que de su mano recibimos. Y así la principal obligación de toda niña debe ser, al despertar por la mañana, bendecir á Dios, porque habiéndola sacado de las tinieblas de la noche, se considera como si principiase á vivir: debe invocar su divino auxilio para las obras de aquel día. En la hora de acostarse repetirá iguales alabanzas al

Criador por haberla concedido un día más de vida; le dará gracias por los beneficios que ha recibido, é implorará su perdón por las faltas que hubiese cometido, suplicando al Señor la deje llegar al siguiente día poseída de su divina gracia.

Para que las niñas se estimulen al ejercicio de las buenas obras, nada es más útil que la lectura de libros piadosos; en ellos aprenden á conocer sus obligaciones, y de ellos pueden sacar incesantemente nuevas fuerzas para cumplirlas.

CUIDADO DE SÍ MISMO.

La niña fué interrumpida en su lectura por un estrepitoso golpe que sonó en el techo, estremeciendo la sala. Oyéronse al momentos fuertes y lastimosos gritos, dando á conocer que había ocurrido algún grave suceso en el cuarto de arriba. Doña Adelaida subió inmediatamente, siguiéndola sus dos hijas mayores Julia y Elisa. ¡Cuál fué su sentimiento con el espectáculo que se presentó á su vista! Todas las personas de aquella casa lloraban y se agitaban por socorrer á una niña que, desmayada y con toda la cara bañada en sangre, apenas daba señales de vida.

El médico llegó, y la mamá de la niña, con la voz ahogada por el sentimiento, le refirió que su Paulita había hecho la trave-

sura de beberse una porción de vino dulce, á lo cual era muy aficionada. El vino le trastornó la cabeza y la niña principió á saltar, correr y divertirse con juegos tan perjudiciales, que la mamá le reprendió severamente por ello. Paulita, lejos de corregirse, brincando sobre las sillas, trepó al fin encima de una mesa, y cayó lastimosamente rompiéndose la cabeza.

El médico, luego que contuvo la sangre que salía en abundancia de la herida y logró reanimar á la niña, prescribiendo el plan conveniente para la curación, dirigió algunas amistosas reconvenciones á la mamá en estos términos:

—Usted, señora, tiene demasiada condescendencia con su hija. Muchas madres creen que consiste el verdadero cariño á sus hijos en consentirles todos los caprichos, en no quebrantarles ninguno de sus gustos. Semejante conducta produce gravísimos daños para los niños; pensando tenerlos amor, les proporcionan males incalculables.

Paulita es en casi todas sus acciones reprehensible. Come con exceso, sin arreglo, y abusando de cosas muy nocivas, como licores, frutas mal sazoadas, dulces y otras glotonerías. No se guarda de los peligros: maneja cuchillos y armas indiscretamente; son todos sus juegos como de un muchacho. En las enfermedades no se su-

jeta á permanecer en la cama; se niega á tomar los medicamentos que yo dispongo para curarla. Finalmente, su genio es soberbio, caprichoso é indócil. Su pereza es extremada, y no se aplica ni á estudiar ni á las labores de su sexo; de modo que siguiendo así cuando sea una mujer, se verá despreciada de cuantos la conozcan, y sufrirá incalculables disgustos. Entonces llorará el no haberse dedicado desde niña al cuidado de *sí misma*; esto es, no haber sabido gobernar su persona y su alma para conservarse sana y digna de las bondades de Dios.

La señora no tuvo razones para contestar á lo que acababa el médico de decirle, y doña Adelaida con este motivo dirigió algunas reflexiones á sus niñas. Les hizo vez cuánto se perjudicaba Paulita á sí misma con su mala conducta, y cuántos disgustos ocasionaba á su buena mamá, faltando de este modo á

LO QUE SE DEBE Á LOS PADRES.

Desgraciadas son las niñas, dijo doña Adelaida, que no reflexionan que su existencia la deben á sus padres, después de Dios. Muy ingratas son las que olvidan los incesantes cuidados que están ocasionando á una madre cariñosa y á un padre que sacrifica su sosiego para dar á sus queri-

das hijas alimento y educación. Toda niña que tenga presentes tales beneficios, debe agradecerlo amando entrañablemente á los autores de su nacimiento, obedeciendo sumisamente sus mandatos, respetándoles y sufriendo con resignación los castigos que se dirigen á enmendar sus defectos; honrándoles, por último, con su aplicación y buenas inclinaciones, de modo que tan amables personas tengan por sus hijas las mayores satisfacciones.

Nada es más grato á los ojos de Dios que la conducta de un buen hijo. El Señor derrama á manos llenas sus beneficios sobre los hijos que honran á sus padres. Les concede una larga vida llena de prosperidades, y les guarda el más sublime premio en la gloria eterna. Por el contrario, las niñas que faltan á tan sagrados deberes incurrir en el enojo del Supremo Señor, y se atraen sobre sí las mayores calamidades.

Ya que á este punto hemos llegado, hijas mías, debo hablaros igualmente de las obligaciones que debéis

Á LOS SUPERIORES.

Tanto amor, tantas consideraciones como deben las niñas á sus padres, lo deben igualmente á las personas encargadas de su educación. Si son grandes los

beneficios que han recibido de sus padres, no lo son menos los que les dispensan aquellos que toman á su cargo dirigir su entendimiento y corregir sus defectos. Aquellas personas hacen para vosotras las veces de padres cariñosos, que se toman graves cuidados, consumen su paciencia y su salud por inspiraros virtudes que embellecen vuestro corazón é ilustran vuestro entendimiento. ¿Y cómo podréis pagar bastantemente semejantes beneficios? Amándolas con sinceridad; con vuestra aplicación y obediencia; no olvidando jamás los inestimables beneficios que de ellas habéis recibido.

También debéis respeto y veneración á las personas en general que os fueren superiores en edad, en saber y en su estado. Sus avisos y correcciones son para vosotras otros tantos medios que os han de proporcionar todos los bienes á que podéis aspirar en vuestra vida.





DEBERES PARA CON LOS IGUALES

Llegó el tiempo de la feria: D. Carlos, muy satisfecho del buen comportamiento de sus hijas Elisa y Julia, quiso premiarlas con lo que á ellas más les agradase. Salieron á paseo, yendo también la hermanita pequeña, Sofía. Era ésta un poco antojadiza, y cada objeto de los muchos que había en la feria excitaba en ella un vivo deseo de llevárselo á su casa.

—Papá, cómpreme usted esa muñeca, decía; también aquella cocinita; un sombrero; este vestido tan bonito; mire us-

ted, papá, ¡cuántos dulces!... yo quiero dulces.

—Hija mía, contestó el padre, yo te compraré alguna cosa de tantas como hay aquí. Hemos venido para feriar á tus hermanitas, y lo mismo haré contigo; ya sabéis que á todas os trato siempre con igual cariño. Pero son tan inmoderados tus deseos, que no es posible satisfacerlos. Desde ahora, que eres muy niña, debes acostumbrarte á no desear más de lo justo, es decir, aquello que se puede fácilmente adquirir, lo que mayores utilidades te haya de proporcionar, dejando á tu ánimo con alegría y tranquilidad. La niña que de nada se satisface, la persona que desea más de lo que su estado le permite, pasa la vida en un continuo disgusto, se hace infeliz no consiguiendo lo que quiere, y en lo que logra, como las más veces lo hace sin reflexionar, suele hallar un mal donde se había imaginado un bien.

Con estas exhortaciones llegaron á una tienda, y D. Carlos regaló á Julia un precioso vestido y un magnífico libro de oraciones piadosas, lujosamente encuadrado. A Elisa le ferió un sombrero con flores y un hermoso costurero, con todo lo necesario para labores en blanco, bordados en colores, tejidos de paja, flores artificiales y otras mil curiosidades. A Sofía le compró una hermosa muñeca, mu-

chos juguetes de los útiles para amueblar una casita, y unos ricos pendientes con chispas de diamantes.

Las dos niñas mayores recibieron los obsequios con indecible regocijo, devolviéndole al papá las más evidentes muestras de agradecimiento. Sofia no quedó completamente satisfecha con su regalo, y además le parecían mucho mejores los de sus hermanas, por lo cual manifestó algún sentimiento. El papá lo advirtió, y resolvió reprenderla este nuevo defecto luego que volvieron á su casa. Cuando estuvieron en ella, D. Carlos se expresó así:

—He notado con disgusto, Sofía, que lo feriado á tus hermanitas te parece mucho mejor que lo tuyo, y que tienes por esto un sentimiento. Semejante defecto es el de la *envidia*, y conviene que sin tardanza lo alejes de tí. Es vergonzoso para una niña sentir que otra, su semejante, reciba distinciones y beneficios. ¿Qué dirías tú, hija mía, si á su vez los demás envidiasen lo que posees? Y si es reprehensible la envidia por los bienes de otras personas, ¿qué merecerá la niña á quien causa sentimiento lo que disfrutan sus hermanitas? Considera, pues, que tus hermanas son las primeras compañeras que Dios te ha dado, que corre por sus venas tu misma sangre, y por consiguiente debes amarlas tan entrañablemente como á tí misma. Debes vivir

con ellas en constante armonía. Por ser mayores que tú, estudia sus acciones y aprovéchate de lo bueno, recibe sus prudentes consejos, agradece los beneficios que te hagan, y alégrate de su felicidad como de la tuya propia. Ellas, por su parte, deben tenerte á tí todas las consideraciones como á menor; te deben auxiliar en cuanto necesitates, y amarte como una tierna madre á sus hijos, deseándote todo el bien imaginable.

Después del amor de hermanas, debéis dar cabida en vuestro corazón al dulce afecto que inspiran las amigas virtuosas. La verdadera amistad es una joya inestimable. Cuando va acompañada de la virtud, en ella tenemos un espejo donde se reflejan nuestros defectos y sirve para corregirlos. En la amistad hallamos consuelo á nuestras penas, participación en nuestras satisfacciones. Por lo tanto, las buenas amigas debéis conservarlas constantemente, sin abusar de su bondad, tratándoles con franqueza, pero guardándoles todas las consideraciones que quisierais que os tuviesen ellas á vosotras. No pretendáis que dependan de vuestro gusto, complacedlas en cuanto podáis, consoladlas en sus aflicciones, y evitadles todo lo que pueda causarles disgusto.

Las niñas, que habían oído con agrado los sabios consejos del padre, le ofrecieron

aprovechar lo que acababa de decirles. La más pequeña besó y abrazó afectuosamente á sus dos hermanas, suplicándoles que la perdonasen por haber sentido los agasajos que les hizo el papá.

CONSIDERACIONES

CON LOS INFERIORES.

Aun cuando Julia era la mayor de las tres niñas, y por su juicio y aplicación se hacía merecedora del aprecio de cuantos la conocían, no por eso se diga que era en todo irreprochable. De vez en cuando manifestaba sus defectillos, sobresaliendo entre todos uno producido por esta misma superioridad que tenía sobre otras personas menos favorecidas que ella. De aquí era un cierto orgullo con que trataba á sus criados, y la presunción con que ostentaba las riquezas que su padre poseía.

Una mañana que se excedió con algunas palabras duras á un criado, en presencia de D. Carlos, éste inmediatamente la reprendió por su mal proceder, diciéndole:

—Mucho me desagrada, hija mía, ese sentimiento de vanidad que de algún tiempo á esta parte observo en tí. ¿Has olvidado acaso que el primer deber de un amo para con sus criados es tratarlos con caridad, con tolerancia y aun con amor?

Considera que tus sirvientes tienen un cuerpo igual al tuyo, que experimentan los mismos placeres ó disgustos que tú. Y así, tu proceder para con ellos debe ser sin orgullo, sin desprecio, con mucha prudencia y agrado, por cuyo medio conseguirás que tus mandatos los ejecuten sin violentarse ni murmurar. Ten presente que son hijos de Dios como tú, y bastante desgracia tienen con haber de ganarse el sustento dependiendo de ajena voluntad. Por esta razón tu voluntad no debe humillar su condición; debes corregir sus defectos, ilustrar su ignorancia, protegerles en cuanto pudieres, no despreciar, en fin, sus servicios, pues te proporcionan muchísimas utilidades.

Los sirvientes, por su parte, deben mirar á sus amos como á sus bienhechores, como á sus padres. Puesto que Dios les puso en la necesidad de servir á otros, procuren hacerlo con el deseo de complacer á sus amos en cuanto fuere justo; cuiden de los intereses de aquéllos como de los suyos propios; nunca olviden que si algún día se llegasen á ver en la clase de amos, querrían entonces que sus criados les sirviesen con el celo y fidelidad que ahora ellos deben servir.

Cuenta, hija mía, que no es muy difícil tener un día criados el que en otro tiempo fué sirviente; las riquezas Dios las da, y

también puede quitarlas. Por esta razón, la mujer que saliendo de una humilde clase llegue á verse algo elevada, nunca olvide su origen; trate á sus inferiores como ella querría que la trataran cuando se veía en su anterior estado. Del mismo modo, la que nace en la opulencia y se cría entre riquezas, jamás debe olvidar cuánta sería su desgracia si tuviese que mendigar un pedazo de pan para subsistir. Y esto es posible: todos los días se están viendo casos de reveses en fortunas que se creían imperecederas.

La Reina María de Médicis, hija del príncipe más poderoso de Italia, mujer de Enrique IV, enviudó quedando regente de Francia durante la menor edad de su hijo Luis XIII. Después de haber gobernado algún tiempo el Estado, sobrevino una revolución; tuvo que huir y anduvo errante por varios reinos extranjeros, á merced de los príncipes que por caridad le daban asilo. Pero la suerte que la Divina Providencia le tenía reservada no se había del todo cumplido. Refugiada en Inglaterra, tuvo también que salir de allí, guareciéndose en Bruselas; también de aquí la rechazaron; pasó á la Haya, y últimamente á Colonia, donde sin amigos, sin bienes y sin pan, acogida en un granero que le dejaron por lástima, murió llena de miseria.

—Le aseguro á V., papá, contestó Julia,

que nunca olvidaré lo que acabo de oír.

En efecto, desde aquel día procuró dominar su orgullo, y en breve consiguió ser tan afable, tan cariñosa y tan comedida en todas sus palabras y acciones, que cuantos la conocían no se cansaban de elogiarla.





AMOR AL PRÓJIMO

Salieron una tarde á paseo las niñas con su mamá. Fueron á un jardín, y en él había tantas flores, tal abundancia de frutas, que las tres hermanas ardían en deseos de coger cuanto sus manos pudiesen, y se dirigieron á tomar cada una lo que más le agradaba. En el momento de ir á realizar su proyecto, salió de la enramada una muchacha, hija del jardinero, y dando un bofetón á Elisa, le dijo: «Para que no tomes lo que no es tuyo.»

Doña Adelaida, que se había quedado

algo atrás de sus hijas, llegó en el instante en que iba Elisa á devolver á la muchacha el golpe que acababa de recibir, y la detuvo diciendo:

—¿Qué vas á hacer, hija mía? Esa muchacha te ha ofendido; ciertamente que nadie la autorizaba para propasarse á golpear; pero tu conducta es en todos conceptos reprehensible. ¡Quieres vengarte! La venganza, hija mía, es un enorme delito delante de Dios, es un sentimiento cruel y perverso. Y luego, ¿no tienes tú que arrepentirte por haber faltado primero, queriendo disponer de lo que no es tuyo? Sabed, niñas mías, que al prójimo le debéis amar como á vosotras mismas; esto es, no desear á otro sino lo mismo que deseáis para vosotras; no ocasionarle perjuicio alguno en su persona, en sus bienes ni en su honra. Si recibís una injuria, la perdonáis con generosidad. En cuanto podáis, aliviaréis los padecimientos ajenos. Con vuestros consejos y vuestro ejemplo inclinaréis al camino de la virtud á quien se haya extraviado de él.

Apenas había la mamá concluído sus exhortaciones, apareció á su vista una infeliz mujer, aunque limpia, muy andrajosa, que llevaba en sus brazos una criatura casi del todo desnuda. La pobre mujer, cogiendo de la mano á la muchacha del bofetón, la mandó arrodillarse delante de doña

Adelaida, y exclamó con los ojos arrasados en lágrimas:

—Perdone V., señora, perdone V. el desmán que esta bribonzuela se ha permitido con esas buenas señoritas. Yo lo he visto desde allá lejos, y bien hubiera querido poderlo impedir. Esta muchacha bastantes disgustos nos causa continuamente á su padre y á mí con su genio impetuoso y soberbio. No dejamos de castigarla por ello, pero es incorregible. Quiera Dios que un día no encuentre otra que la haga pagar bien caro el poco caso que hace de nuestras correcciones.

—Basta, buena mujer, interrumpió la señora; ya está perdonada. Dígame usted ahora: ¿tiene V. más que estas dos hijas?

—No, señora; no tengo más. El invierno pasado se me murió de necesidad y de frío un niño que tenía cinco años. El pobrecito enfermó al acabar el verano, y falto de alimento y de abrigo, no pudo resistir cuando arreciaron los hielos.

—¿Pues tan extrema es la pobreza de ustedes? preguntó la señora.

—Mi marido es el guarda de esta posesión. Tiene un miserable salario, y le cobra siempre con mucho atraso, porque el amo es un gran señor, que pasa la vida gastando sin tino en diversiones, lujos y caprichos, y jamás llega á sus oídos la voz del necesitado. El administrador es un

hombre avaro y de malas ideas, que sólo trata de medrar á la sombra de su señor y á costa del infeliz jornalero. Tales gentes se olvidan de que los pobres son sus semejantes.

—¡Desventurada familia! dijo Julia en voz baja á su mamá. ¡Cuánto placer tendría yo en aliviar sus miserias, dándoles el dinero que usted me reserva para el traje del baile que ha de dar estas Navidades la señora de mi colegio! aquello es un puro lujo; á mí no me faltan buenos vestidos con que presentarme.

—Bien, hija mía, bien; consiento de todo corazón, repuso doña Adelaida. También yo quiero contribuir á tu buena obra aumentando alguna cantidad á la tuya.

—Y yo daré uno de mis vestidos, si usted quiere, á la que me hizo el mal, añadió Elisa.

—Mamá, dé V. alguna cosa también para la niña que está desnudita, dijo Sofía.

—Muchísimo me alegro, hijas mías, de que abriguéis tan excelentes inclinaciones, contestó la señora. Tome V., madre infeliz (dijo poniendo en la mano de la jardinera una monedita de oro), compre V. unos zapatos á sus niñas, y mañana vendremos á verlas á esta misma hora.

Sobrecogida de gozo la buena mujer, no encontraba expresiones con que manifestar su excesivo agradecimiento, y sólo

pudo articular algunas cortas palabras ahogadas en llanto.

—Sentémonos dentro de aquel cenador, queridas mías, y trataremos de lo que mañana hemos de traer á estas pobres gentes, añadió la señora dirigiéndose á sus hijas.

Luego que se hubieron sentado, prosiguió:

—Es inexplicable, niñas mías, el contento que siente mi alma desde que me habéis manifestado vuestros caritativos sentimientos. Veo con júbilo que fructifican en vuestro corazón las virtuosas ideas que he procurado inspiraros desde vuestra más tierna infancia. En efecto, hijas mías, ¡qué placer hay comparable al de poderse declarar el apoyo de los desvalidos, el consuelo de los afligidos, el asilo de los pobres! Todos nuestros semejantes son hijos de Dios; todos nos debemos amar como hermanos; pero, sobre todo, debemos una particular atención á los necesitados. No hay mayor satisfacción que la de contribuir á la felicidad de otros con sus beneficios. Los demás placeres arrastran casi siempre tras sí algún pesar y remordimiento, en vez que los actos de caridad nos dejan el gusto de haber hecho bien, y en cierto modo nos asemejan á la bondad de Dios, que se complace en llenarnos de beneficios y hacernos felices. Así lo han

comprendido muchas virtuosísimas personas, invirtiendo sus riquezas en socorrer á los menesterosos, ya fundando hospitales y asilos de beneficencia, ya distribuyendo convenientes limosnas, y ya, en fin, empleando sus propias manos para el alivio de los desgraciados. Ejemplo de esto es la joven Santa Isabel.



Nació esta señora en la corte real de Hungría, destinada para regia esposa del Landgrave, y fué educada en Turingia

desde la edad de cuatro años. La pompa y esplendor de su nacimiento, el fausto de su educación, fueron para ella objetos que sólo empleó en el ejercicio de todas las virtudes. La misericordia dirigía todas sus acciones; sus riquezas las empleaba en socorrer á los necesitados, ya con limosnas acertadamente distribuídas, ya con donativos á los establecimientos de beneficencia. Todo el que sufría, recurriendo á tan piadosa señora, encontraba el alivio de sus miserias; de modo que su pueblo la apellidaba *madre de los pobres*. La Providencia Divina quiso poner á prueba su virtud. A los veinte años de edad quedó viuda y tutora de su hijo, heredero del trono. Un cuñado suyo la despojó de la tutoría y la denunció á los tribunales como disipadora del Tesoro, que había agotado en limosnas. Formáronla proceso, y confiscados sus propios bienes, fué arrojada ignominiosamente de la corte, imponiendo graves penas á cualquiera que la recogiese. Obligada á pedir limosna de puerta en puerta, muy pocos se la daban por temor á los gobernantes, y tuvo que guarecerse en un establo. Luego se inscribió en el número de las hermanas de la Orden tercera de San Francisco, y ocupada en hilar lana, se ganaba un escaso alimento. Pasó cuatro años en esta triste situación, y al cabo Dios, apiadado de sus penas, la llevó á su

eterno descanso, á los veinticuatro años de edad.

—¡Qué buena señora! exclamó Elisa. ¡Cómo Dios la habrá premiado en el cielo! ¡Conque mañana traeremos á esa pobre madre lo que la hemos ofrecido?

—Sí, hijas mías, contestó la mamá. Y vuestro papá, que tendrá sumo gozo al saber vuestros deseos, también contribuirá por su parte á tan buena obra. Volvamos á casa, que ya pronto será de noche.

Salieron del jardín más contentas que nunca lo habían estado las niñas, llevando en su corazón el placer que da la mayor de todas las virtudes, la primera obra que abre las puertas del cielo: *la caridad*.

HUIR DE LO MALO.

Cuando llegaron á casa las tres hermanitas, ya tenían preparada una buena merienda; y no faltándoles apetito, acompañadas de la mamá, en breve la despacharon. Descansaron algo más de una hora de su largo paseo, y después les dijo doña Adelaida:

—Todavía es algo temprano para que os acostéis: entretanto podremos disponer la ropa que mañana llevaremos á la jardinera. En los vestidos tendremos que arreglar alguna cosa, quitando los volantes y guarnecidos de trencilla, pues tales ador-

nos no corresponden á la situación de aquellas gentes. Vamos á ello; tú, Sofía, ponte á repasar la lección del Silabario. La *ociosidad* es en todos perjudicial, pero en las niñas es muy funesta.

El primer mal que les ocasiona es inspirarles un disgusto hacia el trabajo, que las aparta de cuanto pueda serles útil para ilustrar su entendimiento. Para una niña desidiosa, los libros son insoportables, las labores objeto de desprecio. Y de aquí, ¿qué resulta? Que creciendo en la más completa ignorancia, sólo reciben reprensiones y castigos; llegan á jóvenes, y son el desprecio de las personas que las tratan.

La ociosidad es madre de todos los vicios. Una persona que no emplea bien el tiempo y no entretiene su imaginación, deja de ser virtuosa.

Terminó aquí sus reflexiones doña Adelaida, y dispuso á sus niñas las labores que les había propuesto. A poco tiempo de principiar su trabajo, tuvieron que suspenderle por la llegada de una señora amiga de la casa, que fué acompañada de dos niñas, poco más ó menos, de la edad de Julia y Elisa.

Aquella señora principió su conversación excusándose con doña Adelaida por no haber ido á visitarla después de mucho tiempo, y así le decía:

—Yo hubiera querido venir varias veces, amiga mía; pero de día no me faltan ocupaciones, y de noche, como son tan aficionadas mis niñas al teatro y otras diversiones que tienen frecuentemente mis amigas, vamos allá.

—¡Cómo! interrumpió doña Adelaida: ¿usted lleva á las niñas á esas diversiones?

—Así las estímulo y se aplican en sus labores.

—No puedo menos de decir á V., señora, que con semejante estímulo son mucho mayores los peligros que lo que haya de provechoso. Es cierto que con tales alicientes procurarán tenerla á V. contenta y ellas lo estarán también; pero el veneno que estos deleites derraman en el corazón, ¿no le cuenta V. por nada? En estas diversiones hay siempre tales costumbres, oyen las niñas tales máximas, que por lo mismo que más halagan, se deslizan insensiblemente en sus tiernas almas, principian entibiando sus virtudes y acaban por corromperlas.

Así también sucede cuando se las deja inconsideradamente leer toda clase de libros. La lectura de las novelas es únicamente propia para seducir el entendimiento y pervertir el corazón. Nuestra voluntad, que más fácilmente se inclina hacia lo malo que á lo bueno, seducida por los bellos colores con que todo se pinta en

semejantes libros, se deja arrastrar por ellos. La joven incauta que lee toda clase de libros buscando instruirse ó divertirse, se expone á perderse.

Esto sucedió á Santa Teresa por su extremada afición á la lectura. Los primeros libros que hubo á las manos fueron vidas de Santos; y de tal modo se impresionó con su ejemplo, que la virtuosa joven sólo anhelaba la ocasión en que mostrarse como ellos firme en su fe é inflexible en su virtud. Encontró casualmente unas novelas, y con el solo fin de satisfacer su curiosidad, se puso á leerlas. Esta lectura le fué tan funesta, que en lugar de los sentimientos de piedad que la animaban, luego no encontraba gusto sino en la vanidad, el lujo y los placeres. Indudablemente se hubiera perdido en todo lo malo, si la bondad de Dios no la hubiese ilustrado acerca del peligro, y no hubiese renunciado para siempre, como lo hizo, á leer aquellos perniciosos libros.

—Pero es necesario conceder á las niñas algún recreo, repuso la señora, un tanto resentida por las observaciones de doña Adelaida.

—Sí, señora, contestó ésta; mas en las diversiones de las niñas se ha de procurar que sean lícitas é inocentes, como el paseo, los juegos moderados y las conversaciones agradables é instructivas, bien que

aun en éstas han de observarse ciertas condiciones para que no sean perjudiciales. Al juego no se debe dedicar una niña más tiempo que el permitido después de cumplidas las obligaciones de su estado. En sus juegos debe usar de suma amabilidad, de mucha condescendencia con las otras niñas que la acompañen. Jamás haya en ella movimiento de ira ni obstinación en que las demás se sujeten á su voluntad. Si una niña incurriese en alguna falta las otras deberán disimulársela, y cuidarán muy particularmente de no divulgarla ni delatarla para que la castiguen. Es de los peores defectos en las niñas hacer el oficio de soplón.

Aquí terminó doña Adelaida, y girando la conversación sobre diferentes asuntos, entre los cuales tuvo lugar el paseo de aquella tarde y el encuentro de la pobre jardinera, siguió su visita la señora. Las niñas de la casa estuvieron muy complacientes y agasajadoras con las recién venidas. Les dejaron todos sus juguetes, condescendieron en los juegos que aquéllas quisieron, y se mostraron mejor educadas que las de fuera, pues éstas de todo disponían como si fuese suyo, y exigían que sus buenas amigas se sujetasen siempre á su voluntad. Cansadas al fin de hacer su gusto, la más pequeña se dirigió á su mamá diciéndole:

—Vámonos á casa, mamá; yo estoy mala; me duele mucho la cabeza y necesito acostarme.

La condescendiente señora, llena de susto por la indisposición de su niña, inmediatamente se despidió de doña Adelaida, ofreciéndole frecuentar sus visitas, y ésta, por su parte, también le prometió que no descuidaría las suyas.

—¡Válgame Dios, mamá (exclamó Julia cuando quedaron solas), qué niñas tan mal criadas! ¡Qué caprichosas! ¡Qué presumidas, y cuánto mienten! Nos han hablado de muchísimas cosas que ellas dicen que tienen, de tanto como disfrutan, y yo no creo que todo sea verdad.

—Sí, mucho mienten, añadió Elisa. La pequeña ha engañado á su mamá, diciéndole que estaba mala. Me dijo á mí que iba á tomar ese pretexto porque quería marcharse.

—En efecto, hijas mías, contestó doña Adelaida; esas niñas reciben malísima educación, y precisamente han de tener todos los defectos que más afean á una niña. ¡La mentira! este vicio es de los más bochornosos y perjudiciales. La persona que miente descubre mala intención; su corazón no puede abrigar buenos sentimientos. De quien acostumbra mentir, todos desconfían; y esto, á más de ser vergonzoso, puede tener malas consecuencias

en algunas ocasiones. Esa niña, en el mismo engaño que ha usado con su mamá, podría llegar día que recibiese el castigo. Si la mamá viniese á desconfiar de ella, una vez que verdaderamente se sintiese enferma, no sería creída: se descuidarían los oportunos remedios, y el mal quizás podría tomar tal incremento que tuviese fatales resultados. Ved aquí, hijas mías, cuán aborrecible debe ser este defecto para las niñas.

Es muy frecuente, cuando una niña comete alguna falta y teme la reprensión ó el castigo, disfrazar la verdad ó mentir; y con esto ¿qué consigue? ofender á Dios primeramente, y luego atraerse mayor indignación de la persona que debe castigarla, pues á su falta primera reúne la de mentir, y cuente que más tarde ó más temprano será descubierta.

La mentira es siempre odiosa. Ninguna niña la debe tomar en su boca, ni aun á pretexto de que siendo leve á nadie perjudica, ni con intención de proporcionar algún bien ó evitar cualquier mal. Lo mismo que la ociosidad, *la mentira es madre de los vicios.*

Dejemos ya estas máximas morales, hijas mías, añadió la señora, y acostáos. Mañana, mientras vosotras acudís á vuestras lecciones, yo concluiré la obra que habíamos principiado esta noche.

Las tres hermanitas, obedeciendo el mandato de su mamá, se retiraron á la cama, rezando antes como tenían de costumbre.



A LA VIRGEN SANTÍSIMA

Salve, María,
blanca azucena;
de gracia llena
Dios te formó.
Nunca el pecado
te hubo consigo;
siempre contigo
es el Señor.

Tú, la más bella
de las mujeres,



bendita eres
por tu virtud.
Bendito el fruto
que dió tu seno,
de gloria lleno,
siendo Jesús.

A tí te invoca
el alma mía;
Santa María,
Madre de Dios,
dignos seamos
de tus favores
los pecadores;
ruega por nos.

De tí imploramos,
Madre amorosa,
tu poderosa
intercesión,
porque logremos
ahora suerte,
y en nuestra muerte
la salvación.





LA INSTRUCCION

Llegaron las fiestas de Navidad, y á Elisa le ocurrió decirle á su mamá:

—Si V. nos explicase la historia de la fiesta que se celebra en estos días, tendríamos en ello gran contento.

—Para satisfacer vuestro deseo, os daré un libro en el cual hallaréis, en una forma fácil á vuestra inteligencia, las noticias que me pedís. Este libro es

LA HISTORIA SAGRADA.

Contiene desde la creación del mundo hasta la muerte de Jesucristo, cuyo nacimiento celebra la Iglesia en la presente festividad. En esta historia se ve de qué modo Dios con su poder crió el mundo, cómo le ha gobernado con su sabiduría, cómo le castigó con su justicia y del modo que le salvó por su misericordia. Tened, hijas mías, este es el libro: esta es la más interesante de todas las historias.

Julia se encargó de la lectura: las dos hermanitas y la mamá escuchaban.

PRIMERA PARTE.

Dios, por su voluntad y por su gloria, hizo el mundo con sola la eficacia de su palabra. Le formó en seis días: el primero crió el cielo, la tierra y la luz; el segundo el firmamento; el tercero separó el agua y la tierra, produciendo ésta todo género de plantas; el cuarto crió el sol, la luna y las estrellas; el quinto formó las aves y los peces; el sexto formó al hombre á su semejanza, y crió los animales terrestres; el séptimo día descansó Dios. El primer hombre se llamó Adán, y Dios le dió una compañera para que le amase como á sí mismo, la cual se llamó Eva. Puso Dios á estos dos seres en el Paraíso terrenal, que era un jardín delicioso, pudiendo en él vi-

vir felices, con la sola prohibición de tocar á la fruta del bien y del mal.

Había Dios también criado unos espíritus puros, que son los ángeles, y algunos de éstos se rebelaron enseguida contra su Criador, queriendo poder tanto como él. Dios les castigó su soberbia condenándolos al fuego eterno en el infierno. Estos son los demonios; y uno de ellos, para que Adán y Eva desobedeciesen á su Señor, tomó la figura de serpiente, se acercó al árbol de la fruta prohibida y persuadió á la mujer á que comiese de ella. Eva comió y sedujo á su marido para que también comiese. Dios castigó su desobediencia echándolos del Paraíso y sujetándolos á todas las incomodidades de la vida, y por último á la muerte, debiendo sufrir las mismas penas todos sus descendientes.

Los primeros hijos de Adán y Eva fueron Caín y Abel. Caín tuvo envidia de la virtud de su hermano y le mató. Sus descendientes fueron perversos; y sólo uno, llamado Noé, halló gracia delante del Señor. Determinó Dios castigar á tales gentes, y mandó á Noé que fabricase una grande arca, y en ella se encerrase con sus hijos y un par de animales de cada especie. Noé lo hizo como Dios se lo mandaba, y cayó sobre la tierra una lluvia espantosa, por cuarenta días y cuarenta noches, de modo que toda la tierra se cubrió de agua.

Todos los seres que habitaban en el mundo se ahogaron, á excepción de los que se hallaban en el arca. Estos, después del diluvio, poblaron de nuevo la tierra; pero aquella generación fué bien pronto peor que las anteriores, porque en vez de adorar á Dios, adoraban al sol, la luna y otras criaturas, se mataban unos á otros, y cometían todo género de maldades. Entre los hombres que permanecieron fieles, había uno llamado Abraham, al cual prometió Dios que le haría padre de un gran pueblo y bendecería en él á toda su posteridad. Abraham creyó las promesas de Dios, y el Señor, queriendo probar su fe, le mandó sacrificar á su hijo querido Isaac. Obedeció el buen padre; pero el Señor detuvo su brazo en el momento de ir á degollar al hijo. Isaac fué padre de Jacob, y de éste nacieron doce patriarcas, procediendo de ellos el pueblo de Israel.

José era todavía niño y dotado de grandes virtudes é instrucciones: sus hermanos, por envidia, le vendieron. Fué llevado á Egipto, y estuvo mucho tiempo esclavo, hasta que Dios le libró haciendo que llegara á ser privado del rey. José perdonó á sus hermanos y les colmó de beneficios. Otro rey de Egipto temió que éstos se hicieran demasiado poderosos; los hizo sufrir muchos trabajos y mandó matar á todos los hijos varones. Tuvo Dios com-

pasión de su pueblo, y envió á Moisés para que le libertase. Moisés pide al rey dejar marchar á su pueblo al desierto; pero aquél se negó repetidas veces. Hizo Moisés muchos milagros espantosos, llamados *las plagas de Egipto*, y el rey, atemorizado, dejó salir á los israelitas. Estos, en celebridad, inmolan un cordero y señalan con su sangre las puertas de sus casas, instituyendo la fiesta de la *Pascua*, que significa *paso*.

Al marchar los israelitas, Faraón salió persiguiéndolos. Llegaron al mar Rojo, y separando Dios las aguas, pasaron á pie enjuto: los de Faraón echaron tras de ellos, y en aquel momento, volviéndose á juntar las aguas, todos se ahogaron. Los israelitas vivieron en el desierto cuarenta años, alimentándose con el maná que Dios hacía llover del cielo. Cincuenta días después de la Pascua, en el monte Sinaí, Dios les dió sus *Diez Mandamientos*, escritos en dos tablas de piedra, los cuales, aunque sólo tenían la Ley natural, quiso Dios dársela por escrito, para que la maldad de los hombres no se olvidase de ella. Mandó Dios poner estas tablas en un cofre de madera preciosa, forrada de oro, que se llamó *el Arca de la Alianza*. Este arca se guardaba en una tienda de campaña hecha de ricas telas, que era el Tabernáculo. Delante de ella había un altar donde que-

maban bueyes y carneros después de haberlos degollado. Dios prometió á los israelitas que sería su pueblo querido, que los establecería en la tierra de Canaán, y en ella los colmaría de beneficios. El pueblo, por su parte, prometió no reconocer otro Dios que al Señor, amarle con todo su corazón y observar sus mandamientos. Dios cumplió fidelísimamente su promesa, pues al marchar el pueblo por la tierra de promisión, se suspendieron las aguas del Jordán, dejando el paso franco; se detuvo el curso del sol cuando fué necesario el día para dar una batalla, y llegaron los israelitas á posesionarse de Canaán.

Pero aquellas gentes no cumplieron lo que habían prometido á Dios; se rebelaron más de diez veces durante el viaje, y cuando estuvieron en la tierra prometida se unieron con sus antiguos moradores, adorando sus ídolos.

En todas las naciones reinaba la idolatría; esto es, adoraban una multitud de dioses con diversos nombres, representando á los unos como hombres, animales y mil extravagancias, y á los otros como mujeres ó cualquier objeto de la naturaleza. Estos idólatras se llamaban gentiles ó paganos. Los israelitas muchas veces siguieron su ejemplo, y entonces Dios les hacía caer en poder de sus enemigos, reduciéndolos á la esclavitud. Cuando se

convertían al Señor éste les proporcionaba los medios de lograr su libertad.

Después de su entrada en la tierra de Canaán, los israelitas fueron gobernados por Jueces; pero luego quisieron tener reyes. Saul fué el primero y David el segundo. Colmó Dios á David de riquezas y prosperidades, haciéndole vencer á todos sus enemigos. Su ciudad era Jerusalén, donde fabricó un palacio en el monte Sión, y á él hizo llevar el Arca de la Alianza. El Señor le declaró que su posteridad reinaría eternamente sobre el pueblo fiel, y que de él descendería el Salvador del mundo. Desde entonces los israelitas llamaron al Salvador que esperaban *Mesías* ó *Cristo*.

A David sucedió su hijo Salomón. Este reinó en paz, colmado de riquezas y de placeres, dotado de una inmensa sabiduría. Hizo fabricar un templo en Jerusalén, y allí trasladó el Arca de la Alianza, no siendo permitido sacrificar sino sobre aquel altar, para manifestar que sólo había un Dios y una verdadera religión. Entregado Salomón con exceso á todos los placeres, llegó á perder su sabiduría y cayó en la idolatría; por lo cual su reino fué dividido después de su muerte, adorando unos al verdadero Dios y otros á los falsos dioses.

Para traer á tales gentes á la verdadera religión Dios les envió muchos hombres

dotados de la ciencia de predecir lo que había de suceder, los cuales anunciaron que Samaria y Jerusalén serían destruídas, para volver á ser reedificada Jerusalén; dijeron que Dios haría con su pueblo una alianza más perfecta que la antigua, y que llamaría á todas las naciones á su servicio. Estos hombres eran los Profetas.

Despreciaron los reyes de Israel y de Judá los avisos de los Profetas, y los persiguieron cruelmente; pero Dios ejecutó sus amenazas destruyendo el reino de Samaria. Nabucodonosor, rey de Babilonia, arruinó á Jerusalén, quemó el templo y llevó al pueblo cautivo. Esta gente observó, sin embargo, su religión, guardando la ley de Moisés, y Dios obró muchos milagros para manifestar su poder entre los infieles.

Ciro, rey de Persia, se apoderó de Babilonia, y dando libertad á los cautivos, los permitió volver á su país. Ellos reedificaron el templo y la ciudad de Jerusalén. El conocimiento del verdadero Dios se fué propagando, á pesar de las persecuciones de algunos reyes idólatras. Judas Macabeo y sus hermanos tomaron á su cargo la defensa de las leyes, y vencieron, con el auxilio de Dios; pero luego fueron arruinados por los romanos, que se hicieron dueños del mundo.

Con el favor de los emperadores roma-

nos, usurpó el reino de Judea Herodes, hombre feroz, impío y avaro.

SEGUNDA PARTE.

Siendo César Augusto emperador de Roma, y ya en la última época del reinado de Herodes, había en Nazaret, pequeña villa de Galilea, una virtuosísima virgen llamada María, casada con un santo hombre, que descendía, como ella, de la casa de David, y se llamaba José. María se hallaba un día orando al Señor, y se le apareció el ángel Gabriel, y le anunció de parte de Dios que sería madre del Salvador del mundo, anunciado por los Profetas; esto es, Jesús el Hijo de Dios. La joven santísima, sorprendida con tan inesperado aviso, acatando la voluntad divina, respondió: *Sierva soy del Señor; hágase en mí según su palabra*. Entonces el Hijo de Dios encarnó en las purísimas entrañas de María Santísima.

Algún tiempo después fué María á visitar á su prima Isabel para comunicarle tan feliz acontecimiento. Luego que saludó á su prima, ésta le contestó llena de respeto y alegría: *Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre*. María, llena de gozo, conoció que también su prima estaba inspirada de Dios, y las dos dieron gracias al Señor.

Después de pasar tres meses María en compañía de Isabel, volvió á su casa, y de ella le fué forzoso salir con José para ir á Belén al empadronamiento que decretó el emperador Augusto. En el camino tuvieron que hospedarse en un establo por falta de posada, y en él nació el Santo Niño. La noticia de este suceso cundió en breve por aquellos campos y aldeas, anunciándolo los ángeles; y las gentes, llenas de fe, acudían á ver y adorar al Salvador del mundo. A los ocho días fué circuncidado, tomando el nombre de Jesús, que quiere decir *Salvador*. Tres reyes magos de Oriente, es decir, muy doctos, inmediatamente se pusieron en camino, siendo guiados por una estrella que marchaba delante de ellos. Esta se paró encima del establo en que se hallaba el Niño Santísimo, y los reyes entraron, y le adoraron, ofreciéndole *oro* como á rey, *incienso* debido á Dios, y *mirra* por ser hombre.

Oyendo Herodes que las gentes hablaban del nacimiento de aquel Niño, á quien llamaban el Rey de los Judíos, temió por su trono, y lleno de indignación resolvió hacer perecer al recién nacido; mas como ignoraba el sitio donde éste se hallaba, cuando los reyes magos pasaron por su corte, les dijo: «Id y descubrid el paradero de ese Niño poderoso: luego que le halléis y hayáis cumplido con el objeto que aquí

os ha traído, volveréis á decírmelo, pues yo también deseo ir á tributarle mi homenaje.» Los magos le ofrecieron cumplirlo así; pero una inspiración divina les advirtió que Herodes abrigaba siniestras intenciones, y después de adorar al Niño Jesús volvieron á su país, guardándose de pasar por la corte de Herodes. Este, viendo que trascurría más tiempo del suficiente para que los reyes volviesen con el aviso, conoció su engaño, y para lograr su intento de dar la muerte al Niño que buscaba, mandó que fuesen degollados sin piedad alguna todos los niños de las cercanías de Belén menores de dos años.

Pero San José recibió en sueños avisos de un ángel, y saliendo precipitadamente de su albergue con el Niño y María, huyeron los tres á Egipto, y allí vivieron seguros hasta la muerte de Herodes. Entonces volvieron á Nazaret, y Jesús vivió desconocido hasta la edad de treinta años, obediente á su madre y á San José, trabajando con él en su oficio de carpintero.

Doce años tenía el Niño Jesús, cuando yendo con su padre á Jerusalén un día, según tenían de costumbre todos los años para celebrar la Pascua, se desapareció entre la mucha gente que iba por el camino. Cuando sus padres se vieron sin él, amargamente le lloraron y le buscaron por todas partes; pero fueron vanas sus

diligencias; á los tres días llegaron á encontrarle en el templo, arguyendo con los doctores y asombrando al auditorio con su gran sabiduría.

A los treinta años del nacimiento de Jesús apareció un gran profeta, que vivió en el desierto con la mayor austeridad, y exhortaba á todos á que hiciesen penitencia, diciéndoles que se acercaba el reino de los cielos. Este profeta se llamaba Juan, y era hijo de Zacarías y de Isabel, la prima de la Virgen María. Los que atendían á su predicación iban al río Jordán, y allí el profeta les hacía bañarse y lavarse para quedar limpios de sus pecados. A causa de este bautismo que Juan imponía le dieron el nombre de *Bautista*. Jesús fué también al Jordán, y bautizado por el Profeta, descendió en el acto una paloma, que fijándose sobre la cabeza de aquél, habló y dijo: »Hé aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.» Aquella paloma era el Espíritu Santo, es decir, el amor del Padre Eterno á su Hijo, y de éste á su Eterno Padre, resultando ser una persona distinta del Padre y del Hijo, pero formando con ellas una sola esencia.

Después de bautizado Jesús, se retiró á un desierto y ayunó cuarenta días, siendo incitado por el diablo, que pretendió inspirarle diversas pasiones; mas el espíritu de las tinieblas fué vencido y confundido con

su poder. Volviendo Jesús á Galilea, reunió á su lado á cuatro pescadores, Andrés y Simón, hermanos, Santiago y Juan, hermanos también. Después llamó á otros, juntando doce, que llamó *Apóstoles* ó *enviados*, porque instruidos por él en su doctrina, les envió á predicar por todas las naciones. Estos doce discípulos de Jesús fueron Simón el Galileo, Andrés, Santiago, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago, hijo de Alfeo, Judas Tadeo, Simón el Cananeo y Judas Iscariote. Jesús dió á Simón el Galileo el sobrenombre de Pedro, diciendo: «Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y te daré las llaves del reino de los cielos »

Jesús caminaba predicando por las villas y ciudades el Evangelio, esto es, la buena nueva de que había llegado el tiempo de ser todos los hombres llamados al conocimiento del verdadero Dios; que El era el Mesías ó el Cristo esperado y deseado de los Patriarcas y vaticinado por los Profetas; que El era el Hijo de Dios, enviado para salvar al mundo, y por lo tanto, los que creyesen en él é hiciesen penitencia alcanzarían el perdón de sus pecados y la vida eterna. Continuamente hacía infinitos milagros, curando con sola su palabra todo género de enfermedades, dando vista á los ciegos, habla á los mudos, oído á los sordos y resucitando

á los muertos. Su vida era el modelo de todas las virtudes; era humilde, apacible, paciente, pobre, compasivo y obediente. Con estas preciosas cualidades se hacía admirar de todas las gentes de juicio; pero se atrajo la envidia de los Escribas y Fariseos, y después su odio, porque les reprendía sus vicios. Los Escribas eran los doctores de los judíos: los Fariseos eran los que se preciaban de observar la ley con más puntualidad que nadie, y engañaban al pueblo con apariencias de devoción. Los enemigos de Jesús le aborrecían porque predicaba el desprecio de las riquezas y de los placeres, y resolvieron quitarle la vida. Judas Iscariote, su discípulo, se dejó dominar por la codicia del dinero, y les ofreció entregárselo por treinta monedas de plata.

El jueves antes de la Pascua, estando cenando con sus discípulos, tomó un pedazo de pan, lo bendijo y lo distribuyó, diciéndoles: «Tomad y comed. *Este es mi cuerpo*, el cual será entregado por vosotros.» Enseguida echó vino en la copa, lo bendijo y lo dió diciendo: «Bebed todos: *Esta es mi sangre, la sangre de la nueva Alianza, que será derramada por vosotros: haced esto en memoria mía.*» Concluída la cena lavó con sus propias manos á sus discípulos los pies, en señal de humildad y del gran amor que les profesaba. Lue-

go se dirigió á un huerto donde acostumbraba á orar, llamado el monte de las Olivas. Allí rogó á su Eterno Padre que le confortara para los tormentos que le aguardaban, pero añadió: «Si es preciso que yo pase el cáliz de la amargura, hágase, Señor, vuestra voluntad.» Llegó entonces Judas Iscariote con mucha gente armada, y prendiendo á Jesús, lo llevaron á presencia del Sumo Pontífice Caifás, donde por muchas declaraciones de falsos testigos fué condenado á muerte. De la casa de Caifás le llevaron á la de Poncio Pilato, gobernador de la Judea en nombre de los romanos. Pilato halló á Jesús inocente y quiso librarle; mas el pueblo furioso pedía su muerte, y el gobernador lo entregó á la plebe para que de él hiciese lo que quisiera.

Jesús fué insultado, escarnecido y cruelmente injuriado por el populacho, sufriendolo todo con la mayor resignación. Condenado á muerte, le hicieron cargar sobre sus hombros una cruz enorme, y fué conducido á un sitio llamado Gólgota ó *Calvario*, para ser allí crucificado en compañía de dos ladrones. El suplicio de la cruz era el más infame y cruel que se usaba entonces, el cual sólo se destinaba para los hombres más criminales. Clavado Jesús, y puesta la cruz en pie, sufrió tres horas de terrible agonía, y en ella ro-

gó á su Eterno Padre que perdonase á los que le habían hecho sufrir tantos tormentos. Al espirar Jesucristo se oscureció el sol, tembló la tierra y los muertos salieron de sus sepulturas. Era un viernes, y por la tarde fueron dos varones ilustres, llamados José de Arimatea y Nicodemus, desclavaron de la cruz aquel Santísimo Cuerpo, y envolviéndolo en sábanas finísimas, lo pusieron en un sepulcro recién labrado que José había hecho construir para sí mismo.

Como Jesús había prometido resucitar, sus enemigos pusieron guardias en el sepulcro. En efecto, al tercer día, que era domingo, salió Jesús de su sepultura vivo y glorioso, dejando á los guardias llenos de terror. Jesús se apareció á su Santísima Madre y á los Apóstoles, y dándoles muchas instrucciones, les mandó ir á predicar el Evangelio á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. A los cuarenta días de su resurrección, estando Jesús en compañía de sus discípulos, se despidió de ellos, los bendijo y se elevó á los cielos para estar allí á la diestra de Dios Padre Todopoderoso, hasta un día en que ha de bajar otra vez á la tierra para juzgar á los vivos y á los muertos.

Aunque fué grande el número de los judíos que se convirtieron, fué todavía ma-

yor el de los que despreciaron la doctrina de los Apóstoles y los persiguieron cruelmente. San Esteban fué el primero á quien quitaron la vida inhumanamente porque hacía profesión de la fe de Cristo. Después se convirtieron muchísimos gentiles, y entre ellos fué uno llamado Pablo, el cual Jesucristo le llamó para ser su décimotercero Apóstol y que trabajase en la conversión de los gentiles.

Los Apóstoles se extendieron por todas las naciones para esparcir las doctrinas de Jesucristo, y comunicándoles Dios su divina gracia, ejecutaron un sinnúmero de milagros, curando diversas enfermedades y resucitando muertos. Convirtiéndose á la fe las gentes que admiraban tales prodigios se fundó la Iglesia Santa de Jesús, tomando el nombre de *cristianos* los fieles, por ser Cristo su Maestro. San Pedro fundó las iglesias principales, que fueron en Jerusalén, Antioquía y Roma, fijando él su residencia en esta última, como cabeza del imperio. San Pedro era el jefe de los Apóstoles, y por esta razón el Papa, que es el sucesor suyo, ha sido siempre considerado como la cabeza visible de la Iglesia.

Los cristianos tuvieron muchos enemigos, porque aborrecían la idolatría y la multitud de vicios que abrigaban los gentiles. Estos los persiguieron tenazmente,

y les quitaban la vida en medio de los tormentos y los suplicios más atroces. Los que sufrieron con firmeza hasta la muerte se llamaron *mártires*.

Trescientos años duró la persecución de los fieles, y al cabo Dios concedió la paz de la Iglesia, convirtiéndose al cristianismo el emperador Constantino. Entonces los cristianos se dedicaron con libertad á servir á Dios, y muchos de ellos se retiraron del bullicio del mundo para ejercitarse en las máximas del Evangelio. Estos se llamaron *monjes*, que quiere decir *solos* ó *solitarios*.

Aquí terminó la niña su lectura, y cuando entregó el libro á su papá le hizo varias preguntas acerca de las diferentes partes del mundo en donde habían tenido lugar los sucesos que acababa de leer, á lo cual su papá le contestó:

—Esas explicaciones que me pides, querida Elisa, corresponden al estudio de la *Geografía*, y de ello tu hermana Julia, que ya está bien adelantada, te podrá dar algunas nociones.

—Sí, papá, replicó la mayor; por hoy dejémoslo, y mañana yo instruiré á mi hermanita en lo que alcancen mis conocimientos.

LA GEOGRAFÍA.

Las tres hermanitas salieron al día siguiente al jardín, y sentadas á la sombra de un árbol frondoso, Elisa dijo á la mayor:

—Para hoy, Julia, me ofreciste satisfacer la pregunta que yo le hice á papá: ¿lo podrás verificar ahora?

—Sí, contestó Julia; te explicaré la geografía, que es la que describe la situación de las partes de que se compone el mundo, esto es, el cielo y la tierra. Entre todos los objetos del mundo, el *sol* es el mayor, siendo 1.395.524 veces mayor que la tierra; parece pequeño á nuestra vista por la gran distancia que le separa de nosotros, pues hay desde él á la tierra 153.400 millones de metros, equivalentes á 27.612.000 leguas. El sol ilumina el mundo, y con su calor da vida á los animales y á las plantas.

La *luna* es un cuerpo brillante que recibe la luz del sol y la refleja sobre la tierra; y así la vemos más ó menos iluminada, según el sol está más ó menos en frente de ella. Cuando tiene luz en toda su redondez, se llama *luna llena*; cuando la vemos brillar sólo en una pequeña parte y cada día se aumenta, decimos *luna creciente*; luego que estando llena va dismi-

nuyendo, se llama *menguante*. La luna dista de la tierra 382 millones de metros, ó sean 68.760 leguas.

Alrededor del sol dan vueltas continuamente muchos cuerpos que se llaman *planetas*. La multitud de éstos, que brillan de noche, llevan el nombre de *estrellas*. Todos los cuerpos celestes en general se llaman *astros*. El espacio que media desde ellos á la tierra es la *atmósfera*. El cuerpo sutilísimo y trasparente que hay alrededor de nosotros y sube hasta la altura de 14 leguas es el *aire*.

La tierra da vueltas incesantemente, y esto produce el día y la noche. La parte por donde se presenta el sol al amanecer, se llama *Levante*; por donde se oculta al anochecer, es el *Poniente*; el punto que media entre estas dos, á la derecha de Levante, es el *Mediodía*; la parte opuesta á éste por la izquierda de Levante, es el *Norte*. El tiempo que la tierra emplea en cada vuelta es un *día*, compuesto de 24 horas. Además de dar vueltas la tierra en sí misma, gira también alrededor del sol, y en este giro tarda 365 días y seis horas, que hacen un *año*. Cien años componen un *siglo*. El año se divide en 12 *meses*, el mes en 4 *semanas* y media y cada semana en 7 *días*. Los meses de *Enero*, *Marzo*, *Mayo*, *Julio*, *Agosto*, *Octubre* y *Diciembre* son de 31 días. Los de *Abril*, *Junio*, *Septiembre* y *Noviembre* son

de 30 días. *Febrero* es de 28; mas como cada año sobran 6 horas, cada 4 años estas horas completan un día y se añade á *Febrero*; el año que esto sucede se llama *bisiesto*. El número de los años lo contamos desde el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo; es decir, que hace 1895 años que vino al mundo el Salvador, y estamos en el siglo XIX.

Al moverse la tierra, va cada día inclinándose un poco hacia el Norte; resultando que esta parte inclinada se aleja del sol, recibe menos calor y tiene los días más cortos, y esto es el *invierno*. Al cabo de medio año vuelve á desahacerse esta inclinación, y es el *verano*. El medio entre el invierno y el verano es la *primavera*; entre el verano y el invierno es el *otoño*. Estas cuatro diferencias de tiempo se llaman *estaciones*.

Entre los astros hay algunos que aparecen á cierto tiempo acompañados de una ráfaga de luz, y se llaman *cometas*.

La luna da vueltas alrededor de la tierra, y con el continuo movimiento de ésta ocurre en periodos determinados que la tierra se encuentra delante de la luna, impidiendo que este astro reciba la luz del sol, y esto es *eclipse de luna*. Otras veces la luna se pone delante del sol y quita la luz á la tierra; entonces se dice *eclipse de sol*.

—¿Qué figura tiene la tierra? preguntó Elisa.

—Es redonda como una bola, prosiguió Julia, y por esto se le da el nombre de *globo*. Está formada por *montañas* y *llanuras*. Las montañas son de piedras de diferentes clases, y entre ellas también se crían los *metales*.

Las dos terceras partes de la tierra las ocupa el mar. Cuando un trozo de tierra está rodeado por las aguas del mar, se llama *isla*. Si las aguas rodean una gran parte, dejando otra de tierra sin cortar, es *península*. Una gran extensión de tierra que no está cortada por el mar se llama *continente*.

El agua del mar es muy salada. Tiene un movimiento continuo que se dice *corriente* y en ciertas horas del día se alza y en otras se baja, lo cual es el *flujo* y *reflujo*. Cuando las aguas han subido á su mayor altura es *alta marea*; cuando llega á su parte más baja se dice *baja marea*. Los pliegues que forman las aguas movidas por el viento, se llaman *olas*. La profundidad del mar es grandísima y está llena de montañas y llanuras.

Las aguas que atraviesan la tierra son *ríos*: las que bajan de los montes rápidamente y á intervalos, se llaman *torrentes*; cuando las aguas no tienen corrientes, por estar rodeadas de tierra, son *panta-*

nos ó lagunas. Hay algunos montes que arrojan un fuego líquido llamado *lava*, y á estos sitios se les da el nombre de *volcanes*.

La extensión de la tierra es de metros cuadrados 273.371.948.850, equivalentes á 49.207.000 leguas cuadradas; hay en ella 739 millones de habitantes. Se divide la tierra en cinco partes, que son: *Europa*, *Asia*, *Africa*, *América* y *Oceania*. Estas se subdividen en *países*, y son: España, Francia, Inglaterra, Italia, Alemania y Turquía en Europa. Méjico, Perú y el Brasil en América. Los habitantes de estos países viven algunos en selvas que no se comunican con los otros países, y se les llama *salvajes*: los otros viven formando *naciones*.

Las naciones se componen de *ciudades*, *villas* y *aldeas*. Ciudades son las poblaciones más grandes del país, residiendo en ellas las autoridades eclesiásticas y civiles, las escuelas, fábricas y establecimientos públicos. La ciudad en que reside el Rey y el Gobierno se llama la *capital*. Son villas las poblaciones de segundo orden, y en ellas están algunos representantes del Gobierno; hay también escuelas, oficinas y otros establecimientos. Las aldeas son las más pequeñas poblaciones, compuestas en su totalidad de gentes del campo; en ellas no hay más autoridades que el párroco y un alcalde.

De las cinco partes del globo, la Europa es la más pequeña, pero es la más civilizada. El Asia es la más rica en producciones, y su civilización es mediana. El Africa tiene muchos pueblos que son salvajes, y á causa de la gran fuerza que allí tiene el sol sus habitantes son negros. La América es muy rica en oro y plata, que se saca de su terreno; tiene muchas poblaciones civilizadas, pero hay también en ella otras que son salvajes. Oceanía es la menos civilizada, compuesta toda de islas.

—¿Conque nuestro país pertenece á la Europa? interrumpio Elisa.

—Sí, contestó Julia. Hemos nacido en España. El terreno de esta nación es de los más fértiles, más ricos y hermosos del mundo. La España tiene de ancho 156 leguas y de largo 198; su población es de 17 millones de habitantes. Su territorio continental se compone de 47 provincias; su parte adyacente tiene dos (las Baleares y Canarias); y en Ultramar tiene también posesiones, que son Cuba, Puerto-Rico y Filipinas. En Asia posee los conventos y colegios de los *Santos Lugares*, y en Africa las islas de Fernando Póo, Corisco y Annobon. Sus provincias componen 160 ciudades, 4.700 villas, 14.500 lugares más pequeños, 2.000 aldeas y muchos caseríos, quintas y cortijos.

Al llegar á este punto, el papá de las

niñas, que había estado entre el ramaje oyendo á su hija, salió, y abrazándola lleno de gozo, le dijo:

—Bien, muy bien has explicado á tus hermanitas, aunque en compendio, la geografía; y ya que en ello has tratado de diferentes cuerpos de los que se hallan en el mundo, ahora yo añadiré para vuestra instrucción algunas ligeras nociones de

FÍSICA É HISTORIA NATURAL.

A los cuerpos se les distingue con tres nombres: *sólidos*, *líquidos*, *aeriformes*. Sólidos son los que tienen una forma perceptible y compacta, como los metales, la madera, la piedra, etc. Los líquidos son los que se deslizan y se pueden palpar, como el agua y el aceite. Aeriformes son los que, aun más ligeros y resbaladizos, apenas se pueden palpar, como el humo y el aire. El *calórico* es un fluido muy fino, sin peso é invisible, que se halla en todos los cuerpos: el calórico y la luz componen el *fuego*. El depósito general del fuego es el sol. El calor es necesario para la vida de todos los seres animados y para la vegetación de las plantas.

Sin el aire tampoco podemos vivir, ni las plantas vegetar; pero este aire, que da vida, debe ser puro y fresco, pues cuando tiene malos olores, cuando es húmedo ó

demasiado caliente, perjudica mucho á la salud, y á veces puede causar la muerte. Debe conservarse puro el aire de las habitaciones, abriendo con frecuencia las ventanas, limpiando bien la casa y dando salida á los malos olores.

El aire violentamente agitado es el viento.

Para oír necesitamos el aire; y así cuando á larga distancia de nosotros se produce un sonido, es preciso que el aire venga en dirección desde aquel punto al que nos hallamos, y por esto tardamos en oír el ruido todo el tiempo que necesita el aire para recorrer aquel espacio. Cuando se hace ruido en una corriente de aire libre, el sonido se pierde. Si el aire que lleva un sonido choca en su paso con algún objeto, vuelve atrás rechazado, y es lo que se llama *eco*.

El agua en estado natural es líquida, y cuando disminuye su parte de calórico, se va endureciendo hasta llegar al estado de sólido, y esto es el *hielo*. Si al agua se le aumenta su calórico por medio del fuego se cambia en *vapor*. El agua es dulce ó salada. La salada es la del mar; la dulce es la de las fuentes, ríos y pozos. Para beber y para el uso de la cocina debe ser clara, de buen sabor y sin olor.

Cuando el agua de los ríos y lagunas en vapor sube á la atmósfera, se forman

las *nubes*; luego, deshaciéndose en gotas, cae á la tierra, y esto es la *lluvia*. El invierno, cuando la humedad de la tierra se evapora, principia á subir; pero no llevando suficiente impulso para llegar á lo alto, se queda á corta distancia del suelo y produce la *niebla*. La lluvia es muy necesaria para las plantas y para nuestra salud, porque refresca y purifica el aire.

Cuando de noche se enfría el aire por la falta de sol, el calor de la tierra se evapora y produce el *rocío*. Si la frialdad del aire es excesiva, este rocío se congela y forma la *escarcha*. Cuando están las *nubes* muy cargadas de calórico, al saltar el agua instantáneamente se congela, y esto es el *granizo*. Si los vapores acuosos van enfriándose poco á poco la congelación toma menos dureza y hace *copos de nieve*.

El excesivo calórico oprimido en un cuerpo estalla, y al salir se inflama. A esta cantidad de calórico se la llama *fluido eléctrico*. Este fluido, acumulado en las *nubes*, produce el *rayo*, el *relámpago* y el *trueno*. La velocidad con que llega el rayo á la tierra es extremada, por muy distante que se encuentre la nube que lo arroja; el relámpago y el trueno necesitan algún tiempo para recorrer aquel espacio, según os he dicho al hablar del sonido; con que, ya véis que es una necedad asustarse de

los relámpagos y truenos, cuando ha caído antes lo que causa el daño.

El guarecerse de una tempestad debajo de los árboles puede ser perjudicial, porque las puntas de las ramas atraen la electricidad.

Aquí, haciendo punto el papá, dijo á las niñas:

—Suspenderé mis explicaciones para que descanse vuestra imaginación y juguéis un rato; en otro día proseguiré...

—No, no, papá, interrumpieron las niñas: más nos agrada oír lo que V. nos está explicando que el juego. Nos ha ofrecido usted darnos algunos conocimientos de Historia natural. ¿Qué conocimientos son éstos?

—Los que tratan de las diversas producciones de la tierra, contestó el padre, prosiguiendo así:

—La producción natural se divide en tres clases ó reinos, que son: reino *animal*, reino *vegetal* y reino *mineral*. En el animal se comprenden todos los seres vivos; en el vegetal, los árboles y plantas; en el mineral, los productos interiores de la tierra, cuales son las piedras y metales.

Los seres vivos se hallan en la tierra, en el agua y en el aire: á todos se les da el nombre de *animales*. Aquellos que nacen ya con vida y se alimentan mamando de sus madres, se llaman *mamíferos*.

Los que poniendo las madres los huevos y luego se forman dentro los hijos, se llaman *ovíparos*.

De los mamíferos es la más perfecta y la más noble la especie humana.

—¿Cómo es eso, papá, las personas pertenecemos á la clase de los animales? exclamó Elisa.

—Sí, hija mía: se da el nombre general de animales á todos los seres que tienen vida y movimiento; pero los de la especie humana somos *racionales*, y todos los demás son *irracionales*.

La mayor parte de los mamíferos irracionales tienen cuatro patas, y por esto se llaman *cuadrúpedos*. Su morada es la tierra, y así son animales *terrestres*: algunos viven unas veces en la tierra y otras en el agua; éstos son *anfíbios*. Todos tienen su cuerpo cubierto con una piel con pelo, más ó menos fino, según las especies. De la piel de muchos animales, como la marta, la nutria, el armiño y otros, se hacen provechosos abrigos y preciosos trajes. De la lana que cubre á las ovejas, después de bien limpia é hilada, se hacen paños y telas muy finas para vestidos, para pañuelos y otros tejidos.

Los animales que tienen su cuerpo cubierto de pluma, que tienen dos alas y un pico, son las *aves*. La mayor parte de éstas viven volando en los aires y posando

en los árboles; pero también hay algunas que habitan en el agua y otras sobre la tierra. Las primeras son *volátiles*; estas últimas *acuáticas*. Las aves nacen saliendo de los huevos que ponen las madres y cuidan de darles calor, abrigándoles con sus alas.

Hay muchos animales que se arrastran sobre la tierra y tienen poquísimo calor, siendo su sangre fría, los cuales se denominan *reptiles*. A éstos pertenecen las familias de las lagartijas, de las tortugas, las ranas y sapos, y la de las culebras. Casi todos los reptiles tienen en sí un humor venenoso que cuando muerden le despiden, por lo cual toda persona sensata debe guardarse de ellos. La mordedura de la víbora es la más dañosa. El remedio eficaz para que su herida no cause la muerte, es tomar inmediatamente por la boca sal amoniaco y aplicarla también sobre la mordedura.

Los animales que viven constantemente dentro del agua son los *peces*. Se diferencian de los demás animales en que no tienen pulmones: respiran por unas aberturas que tienen á los lados de la cabeza, y son *agallas*. Todo su cuerpo está cubierto de *escamas* muy escurridizas y duras; se alimentan de plantas que se crían en el agua, y comiéndose á otros peces más pequeños, cada cual en su clase. Los rep-

tiles y los peces se forman como las aves, dentro de huevos; pero las madres no los empollan, sino que los ponen, y á cierto tiempo salen los hijos. Todas estas especies de animales de que os acabo de hablar tienen huesos y vértebras, por lo cual se les denomina *vertebrados*.

Hay otros que no tienen huesos ni vértebras, esto es, que son *invertebrados*, y á éstos pertenecen los *insectos*, los cuales viven en las plantas y en casi todos los animales. Los insectos nacen también en huevecillos, saliendo en la forma de gusanos los que han de ser volátiles. Estos gusanos comen mucho, y cuando llegan á su estado completo, hacen de su babilla una bolsita llamada *capullo*, y se encierran dentro. Otros se esconden en los cañoncitos de la paja, en los pliegues de las hojas ó dentro de la tierra. Viven allí algún tiempo sin comer y después aparecen con las alas de volátiles.

El *gusano de seda* es el insecto más útil, pues del capullo que forma para encerrarse, como os he dicho, se hace un hilado finísimo, se le dan diferentes colores, y tejiéndose resulta la tela para vestidos, mantillas, sombreros, pañuelos y las hebras que empleáis en los cosidos y bordados.

Aquí el papá hizo una pequeña pausa y luego añadió:

—Ya os he hablado de los preciosos conocimientos que debéis tener acerca del reino animal; ahora os daré también los indispensables del

REINO VEGETAL.

Todas las plantas se componen de *raíces, tayo, tronco, hojas, flor y fruto*. Dentro del fruto está la *semilla*, que es la que produce otras plantas de la misma especie. Las raíces están dentro de la tierra: el tronco sale desde la raíz, y unidas á él están las hojas. Por las raíces chupan las plantas el jugo de la tierra, y se alimentan, se desarrollan, crecen, y á su debido tiempo dan la flor, y de ésta sale el fruto, que luego se madura y forma la semilla.

Cuando el producto de tal semilla se alza á corta distancia de la tierra, siendo sus tallos y hojas muy finas, se denominan *hierbas*. La mayor parte de éstas son de mucha utilidad para nuestro alimento y el de los ganados, para remedios de muchas enfermedades y para otros usos. Pero también las hay en extremo dañosas, por lo cual toda niña debe abstenerse de tocar imprudentemente las hierbas que no conozca, y cuidar muy particularmente de no llevarlas á la boca. Hierbas hay que causan la muerte sólo con olerlas, otras al

tocarlas, y muchas al disolverse su jugo con nuestra saliva.

Las plantas que tienen sus tallos altos, gruesos y duros (que se llaman troncos), son los *árboles*. Cuando éstos dan frutos que sirven para comer, se llaman *frutales*; todos los demás son *silvestres*.

Entre la infinidad de plantas que produce la tierra, la más útil es la del *trigo*; porque de este grano, molido y convertido en harina, se hace pan, que es nuestro principal alimento, las pastas y muchas cosas de confitería. También son de gran provecho el *lino* y el *cáñamo*. De los tallos de estas plantas se sacan unas *hebras* delgaditas, con las cuales, después de hiladas, se tejen las telas para vestidos, sábanas, camisas y otros usos. El *algodón* es igualmente utilísimo para las mismas telas, y se obtiene en más abundancia que aquéllas.

Después de estas producciones, son provechosísimas las del centeno, maíz, cebada, garbanzos, arroz, patatas y otras, á que se da el nombre de *cereales*. A las verduras que sirven para nuestro alimento, como lechugas, alcachofas, cebollas, cardos, tomates, etc., se las llama plantas de *hortaliza*.

REINO MINERAL.

Concluiré mis explicaciones por hoy, dijo el papá, dándoos á conocer los nombres y algunas propiedades de las producciones de la tierra, que no sienten ni se mueven, ni pueden reproducirse como los animales y las plantas. Estos son los *minerales*, y los parajes de donde se sacan se llaman *minas*.

Todos los terrenos se componen de *arena*, que es una sustancia en menudos granos muy duros; ó de tierra, cuya sustancia es más pegajosa y menuda que aquélla. Estas sustancias en lo interior del terreno son muy compactas y duras, formando las diferentes calidades que tienen las *piedras* y los *metales*. De las piedras, la más dura y más preciosa, es el *diamante*. Después sigue la *esmeralda*, el *topacio*, el *rubí*, el *zafiro*, la *amatista* y el *granate*. Todas éstas son piedras preciosas que sirven para diademas, pendientes, medallones, sortijas y otras cosas de gusto y precio.

Los *mármoles* también son piedras de mérito, que se emplean en adornos de casas, estatuas, jarrones, tableros de mesas y otras cosas útiles. La *loza* y *crystal* son también dos piedras que se utilizan con muchísimo provecho.

Hay minerales que son *combustibles*, esto es, que arden, y su fuego es extrema-

damente fuerte; tales son el azufre, el carbón de piedra y algunos más.

Los *metales* son más pesados, más brillantes y duros que las piedras; pero, sin embargo, se derriten al fuego, lo cual no sucede con aquéllas. Los de mayor utilidad son el oro, la plata, el cobre, el hierro, el plomo, el estaño y el azogue. Este último sirve para los espejos, fijándole sobre cristales planos.

El hierro y el cobre se usan mucho para utensilios de cocina, pero es necesario con ellos suma precaución.

El hierro, cuando tiene sobre sí humedad, se oxida, esto es, forma una especie de cascarilla encarnada, que se llama orín, la cual, si se mezcla con nuestros alimentos, es muy dañosa. Por esto las sartenes, calderas, cuchillos y todo útil de hierro en que haya de tocar lo que vamos á comer, debe estar muy limpio, cuidando de enjugarlo perfectamente siempre que tenga humedad. El cobre aún es mucho más perjudicial, si no se tiene en él un constante esmero. La humedad, y principalmente los ácidos, producen sobre él lo que se llama cardenillo, que es un activo veneno. Por esto ninguna vasija de cobre se puede usar sin estar bien estañada, que es cuando toda la superficie del cobre está cubierta de una capa de estaño, que se le pone para que este metal no se oxide.

Pero aunque así sea, nunca en utensilios de cobre deben condimentarse salsas con vinagre, limón, frutas, ni otros ácidos.

Las sales también son minerales, y se disuelven en el agua. Las hay de varias clases, siendo la más útil la sal común que se usa en la cocina. También del agua del mar se saca sal muy buena para guisar.

Puesto que de la cocina hemos hablado, debo recordaros que ya es la hora de comer, nos hemos detenido aquí bastante tiempo, y vuestra mamá nos estará aguardando; vamos allá, dijo D. Carlos, encaminándose á la puerta de la habitación.

Las tres niñas, muy contentas, le siguieron y entraron en el comedor.

LOS CONOCIMIENTOS NECESARIOS

Y LOS DE ADORNO.

Llegado el día del baile en el colegio á donde asistían Julia y Elisa, doña Adelaida dispuso lo conveniente para que sus hijas se presentasen con la decencia correspondiente á su clase. Mientras las niñas se manifestaban muy gozosas por el buen rato que les aguardaba, la mamá creyó útil dirigirlas algunas exhortaciones en estos términos:

—Poco tendré que deciros, hijas mías, acerca del buen comportamiento que deberéis observar en la reunión de esta no-

che. Ya sabéis que las niñas han de demostrar en todo su buena educación, y este precepto es en un baile uno de los casos en que debe ser practicado con mayor esmero.

En tales saraos generalmente se halla lo que la vanidad puede ostentar de más brillante, cuanto el deseo de agradar tiene de más engañoso, y lo que á un tierno corazón le puede inspirar más funestas impresiones; pero la joven que concurre á ellos con la debida circunspección y con el discernimiento de lo bueno y de lo malo, tiene un honesto recreo en ciertas tertulias donde se puede bailar sin peligro. Una niña debe aprender el baile, porque en él adquiere un cierto aire noble y decente, franqueza y regularidad en su modo de andar; sabe presentarse con despejo y gracia, y se acostumbra á saludar con dignidad.

Cuando una joven tiene ya formado su corazón por los preceptos sólidos de la virtud; cuando su instrucción está cimentada en los conocimientos indispensables á una mediana educación, debe poseer otros que, aun cuando sean de adorno, completan su cultura y le proporcionan honesta distracción en medio de sus tareas. Tales son el baile, la música, el dibujo, los bordados y algunos otros. La música y las labores de primor son para una joven preservativos

de los extravíos de su imaginación; son recreo, apartándola de otros placeres nocivos, y finalmente, son ocupación que la defienden de la ociosidad.

Así, vuestro papá tiene resuelto daros esta enseñanza, que pertenece á la escuela de adorno, después que concluyáis la gramática, la aritmética, la escritura y las labores de costura. Estos son los principales primores que debe ostentar una mujer.

La gramática es necesaria para hablar con propiedad, para expresar las ideas con la precisión y claridad correspondientes.

La aritmética es indispensable á toda mujer que haya de dirigir con acierto los negocios de su casa. Si no sabe contar, no puede hacer ninguna compra por sí misma; ó si la hace, no sabe el verdadero valor de cada cosa, no arregla sus gastos con su bolsillo, y está expuesta á cada paso á que la engañen.

Si una niña no aprende á escribir, cuando llegue á mayor, jamás podrá comunicar sus pensamientos á otra persona por escrito, y esto le será muy penoso si se ve ausente de aquella á quien querría hablar. Para llevar las cuentas de su casa y para otros usos en que necesite recuerdo después de algún tiempo, le es indispensable saber escribir.

En cuanto á las labores de *costura*, es bien palpable la necesidad que tiene de saberlas toda mujer. El hacer una camisa, una sábana, un vestido, son obras que ocurren todos los días en una casa, y el tenerlo que pagar á manos mercenarias causa muchísimos gastos, y no todas las personas los pueden soportar. Además estas labores comunes las debe saber una mujer de cualquier clase y condición; pues aunque su situación le permita pagarlas, ¿cuánto sería su pesar si un día la desgracia la pusiera en la necesidad de haberlas de hacer por sus manos? Entonces lloraría el tiempo en que cuando niña pudo aprenderlas y no lo hizo por mirarlas con desprecio.

Concluyó doña Adelaida las prevenciones para la noche y sus consejos á las niñas. Vino la hora, para éstas tan deseada, y en compañía de la mamá fueron las dos mayores al colegio. Sofía, como no tenía envidia y sabía moderar sus deseos en lo que sus papás le prohibían, cuando vió salir á sus hermanitas las abrazó muy satisfecha, diciéndoles al despedirse:

—Si hay dulces me traeréis uno.

Las hermanas y la mamá le ofrecieron guardarle el mejor que les tocase, y enseguida que salieron Sofía se acostó.

Las niñas del colegio se divirtieron mucho. El baile estuvo muy lucido, con-

currieron todos los niños hermanos de las educandas; la orquesta era muy buena; bailaron muchísimo, y en los intermedios hubo en abundancia refrescos y dulces, con lo cual la señora directora obsequió á sus discípulas por su aplicación en la enseñanza de aquel año.

HISTORIA DE ESPAÑA.

Julia era muy aficionada á leer, y su padre, que tenía muy buenos libros, le daba siempre los que pudiesen serle más instructivos. Un día se hallaba leyendo un resumen de la *Historia de España*, y la mamá le dijo que leyese en alta voz para que las hermanitas la oyesen. La niña lo hizo así, principiando en estos términos:

—Doscientos años después del diluvio, los hombres que habitaban en el Asia se esparcieron por toda la tierra; Túbal, nieto de Noé, con su familia, se dirigió hacia esta parte del globo, que es el poniente de la Europa. En ella se estableció y le dió el nombre de *España*. Siendo este suelo de lo más fértil y rico de la tierra, excitó luego la codicia de otros hombres, y los que residían en un extremo de Asia, llamados fenicios, vinieron también á España. Los fenicios eran los más ricos por su industria, pues fueron los primeros en la nave-

gación y el comercio; inventaron el arte de escribir y contar, la fabricación del vidrio, el grabado, los tejidos y los tintes. Fijaron su residencia en la parte que se llama Andalucía.

Otros, naturales de un extremo de la Fenicia, llamada Cartago, envidiaron á los españoles y resolvieron usurparles lo que poseían. Con pretexto de venir al comercio, introdujeron en nuestro país considerables familias suyas, fabricaron muchas fortalezas fingiendo ser almacenes, y cuando se creyeron poderosos, desembarcaron en Cádiz 36.000 soldados. Los españoles tomaron las armas para defender su independencia, y sostuvieron muchos años una sangrienta guerra, teniendo al fin que sucumbir al dominio de los cartagineses. Fueron éstos tan soberbios y tiranos, que los españoles trataron de sacudir su yugo, y se aliaron con los romanos para combatir á sus enemigos.

Eran los romanos los habitantes de una gran ciudad llamada Roma, en el centro de la Italia, donde hoy reside el Papa. Los romanos ofrecieron su protección á los españoles, pensando hacerse luego dueños del país que conquistasen á los cartagineses. Fuertes y ricos éstos por la mucha plata y oro que sacaban de las minas en que abundaba España, resistieron con empeño los ataques de sus contrarios. En Sa-

gunto (pueblo donde hoy se encuentra Murviedro, en Valencia), fueron atacados los españoles por los cartagineses; pero aquéllos, después de una vigorosa defensa, se vieron en la precisión de rendirse, y por no hacerlo prendieron fuego á la población y todos perecieron en las llamas. Este suceso acaeció 219 años antes de la venida de Jesucristo.

Al cabo de catorce años de continuas guerras, fueron los cartagineses derrotados y expulsados de España. Entonces quedaron los romanos por gobernadores de su territorio; mas también con su gobierno despótico se hicieron odiosos á los españoles, y éstos se lanzaron contra ellos. Un pastor llamado Viriato se puso al frente de algunos valientes guerrilleros, y con su arrojo y destreza ganó muchas victorias, aumentando su ejército y llegando al grado de general. Temido de los romanos, lo asesinaron traidoramente cuando dormía. Los españoles capitularon con los romanos; pero éstos renovaron la guerra, y poniendo sitio á Numancia (cerca del sitio que hoy ocupa Soria), sus habitantes imitaron á los de Sagunto y murieron todos, quedando la ciudad reducida á cenizas antes que ser vencida por sus enemigos. Esto fué treinta años antes de Jesucristo. Lograron al fin los romanos sujetar á España, y le pusieron sus leyes, religión y cos-

tumbres, quedando asegurado en ella su gobierno.

Llegó la época del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, y cuando después de su muerte sus discípulos se esparcieron á predicar el Evangelio, vino á España el apóstol Santiago. Su doctrina tuvo muchos secuaces, y con este motivo se trabó una lucha muy sangrienta entre ellos y los que siguieron la antigua religión, la cual duró por espacio de 400 años.

En el año 401 de Jesucristo invadieron la España unas tribus salvajes del Norte de Europa, las cuales arrasaron las mejores ciudades de los romanos con una ferocidad extremada. Posteriormente, en 412, vinieron otros, también del Norte, llamados godos, no tan bárbaros como aquéllos, y ocuparon la Cataluña y Aragón, siendo su jefe Ataulfo, el primero que se tituló rey. Este se limitó á conservar estas dos provincias que poseía, y los suyos le calificaron de cobarde y le mataron en el año 417. Le sucedió en el poder su hijo Sigerico, y á los ocho días fué también asesinado.

Los godos eligieron por rey á un hombre intrépido llamado Walia, y éste venció á los bárbaros de las otras provincias, quedando él poseedor de lo que aquéllos disfrutaban en España; pero sólo reinó tres años, muriendo en el de 420. Fué su-

cesor suyo Teodoredo, el cual se alió con los romanos para destruir a un hombre feroz y sangriento llamado Atila, que trajo un ejército formidable de bárbaros. Teodoredo le venció en una gran batalla; mas él perdió allí la vida el año 451.

Turismundo sucedió á su padre, y logró destruir completamente los restos de Atila. Turismundo reinó tres años y fué asesinado en el de 494, por orden de dos hermanos suyos, Teodorico y Frigdario. Teodorico reinó, para ser igualmente muerto en 467 á manos de su hermano Eurico. Este subió al poder, y al frente de un numeroso ejército arrojó de España á los romanos, que todavía conservaban algunos dominios en la Península, donde habían estado por espacio de siete siglos.

Dueños ya los godos en plena posesión de España, siguieron reinando en ella hasta el año 714, en que el rey D. Rodrigo la perdió en una formidable batalla en Guadalete, quedando en poder de los moros. Estos se apoderaron de casi toda ella; pero los españoles redoblaron sus esfuerzos para vencer á sus nuevos dominadores. Concentraron sus fuerzas en Asturias, y al cabo de mucho tiempo y valor lograron recobrar el país perdido, librándole de los sarracenos. Todo el tiempo que duró la lucha estuvo la España dividida en pequeños reinos; los unos de los moros y los otros

de los cristianos. La civilización y grandes conocimientos de los moros mejoraron extraordinariamente las ideas y costumbres de los españoles, adelantaron las ciencias, perfeccionaron las artes é hicieron que el carácter español fuese cortés, humano y pundonoroso.

Después de ochocientos años fueron expulsados los sarracenos de España, y la nación quedó formando un solo estado, casándose D. Fernando V, que era rey de una parte, con doña Isabel I, que lo era de otra. Este suceso tuvo lugar el año 1474; pero los moros, ya vencidos en todo el reino, se refugiaron en Granada, y de aquí no fueron desalojados hasta el año 1492, el día 4 de Enero.

Libre ya España de sus dominadores extranjeros, los reyes D. Fernando y doña Isabel se dedicaron con empeño al engrandecimiento del reino. El celo que mostraron por la religión cristiana les valió el título de católicos que les dió el Papa en el año de 1496. Su buen gobierno y sus acertadas conquistas aumentaron sus dominios con las costas de Berbería, que tomaron á los moros. Pero fué lo más importante de su reinado el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Hasta entonces se conocían sólo tres partes del mundo: Europa, Asia y Africa. Un marinero genovés, llamado Cristóbal

Colón, hombre de muchísimos estudios, calculó que debía haber más tierra que la conocida. Manifestó su pensamiento á varios monarcas de diferentes naciones á donde fué pidiéndoles recursos para emprender una expedición á descubrir los países que él se imaginaba. Todos los monarcas le tuvieron por loco y le rechazaron. Vino á España, hizo su proposición á nuestros reyes, y éstos acogieron su proyecto y le facilitaron lo necesario para la empresa. Marchó Colón con tres naves el día 3 de Agosto de 1492, y en el mes de Octubre descubrió nuevas tierras á la otra parte del mar. Volvió á España cargado de oro, plata y muchísimas preciosidades. Los reyes, muy satisfechos, le dieron mayores recursos, y partió segunda vez. Aumentó sus descubrimientos, y tomando posesión de aquellas tierras á nombre de los *Reyes Católicos*, trajo á España inmensas riquezas. Cinco años después fué al Nuevo Mundo, enviado por el rey español, uno llamado Américo, y dió el nombre de América á la tierra aquella.

Los Reyes Católicos consolidaron su poder dentro y fuera de España, reinando hasta el año 1504 que falleció D. Fernando. Heredaron el trono español sucesivamente los príncipes de la rama de los «Católicos», D. Carlos I, Felipe II, Felipe III, Felipe IV y Carlos II. Este último murió

el año 1700, y nombró por su heredero á un sobrino suyo, nieto del rey de Francia. En su consecuencia, Felipe V de Borbón fué proclamado rey de España, el primero que hubo en esta nación de la dinastía de los Borbones. Poco sosiego disfrutó este monarca: obligado á sostener continuas guerras contra diversas naciones que le disputaron la posesión del trono, renunció á él en el año 1724 en favor de su hijo Luis I; éste reinó solamente diez y seis meses, muriendo en la flor de su edad, y volviendo á ocupar el trono su padre, siguió reinando hasta el año 1746 en que falleció. Le sucedió su hijo Fernando VI, y á su muerte ocupó el trono su hermano Carlos III. El reinado de este monarca fué de los más venturosos que hubo para España. En él se fomentaron la agricultura, las artes y las ciencias, estableciéndose muchas fábricas y sociedades científicas, y se arregló el sistema de la Hacienda pública.

Murió Carlos III en 1788, dejando por sucesor á su hijo Carlos IV. Este príncipe, demasiado bondadoso y poco entendido en la ciencia de gobernar, se confió ciegamente de un privado que, con más ambición que inteligencia para los poderes públicos, atrajo sobre España infinitas calamidades. El favorito, llamado D. Manuel Godoy, puso la suerte de los españoles en

manos de Francia, en ocasión que gobernaba en aquel reino un hombre de genio privilegiado entre los de su siglo. Era este príncipe Napoleón, quien empezando su carrera como oficial subalterno del ejército francés, con su valor y talento llegó á encumbrarse hasta proclamarse emperador de aquella nación.

Napoleón, pues, al frente de un ejército formidable, conquistó muchas naciones de Europa, y ambicionando apoderarse de España, resolvió lograrlo por intrigas antes que por la fuerza de las armas. Sus secretos manejos con el favorito de Carlos IV le proporcionaron la entrada en España de sus tropas bajo débiles pretextos. Los españoles conocieron que peligraba su independendencia, y alzándose el pueblo en Aranjuez el 18 de Marzo de 1808, derribó á Godoy de su poder, y al monarca le obligó á que renunciase la corona en favor de su hijo Fernando VII, el cual fué proclamado rey.

A este príncipe le hicieron creer que Napoleón deseaba tener una entrevista con él sobre los negocios del Estado, y al efecto salió de España. Luego que estuvo en territorio francés, Napoleón le hizo renunciar el trono español, y nombró para rey de España á su hermano José Napoleón. Esto indignó á los españoles, y el día 2 de Mayo del mismo año de 1808, el pue-

blo de Madrid se arrojó contra las tropas francesas que ocupaban la población. Los paisanos, mal armados, hicieron en ellas una horrorosa carnicería; pero engañados por palabras de amistad, desistieron del combate. Los franceses, después de terminada la refriega, fusilaron á muchísimos ciudadanos en el recinto de Madrid, y cuando las provincias tuvieron noticia del hecho, se alzaron contra sus invasores. Empeñada una cruel guerra, costó á España seis años de penosos sacrificios para expulsar de su territorio á los franceses. El año 1814 volvió á España Fernando VII, y su reinado fué muy turbulento por mudanzas en el sistema de gobierno, por conspiraciones y luchas continuas entre los mismos naturales del país.

No teniendo Fernando hijos varones que heredasen su trono, el año 1830 restableció una ley antigua, que declaraba la sucesión en favor de las hembras, cuando varón no hubiese. Murió Fernando VII el 29 de Septiembre de 1833, y su hermano D. Carlos María Isidro pretendió corresponderle el trono por no conocer la ley que, según va dicho, declaraba heredera á la hija mayor del monarca, doña Isabel de Borbón. Reunió en breve muchos partidarios D. Carlos, y alzando un numeroso ejército se empeñó una terrible guerra civil entre las huestes de Carlos V y las de

Isabel II. Seis años duró la contienda, sufriendo los pueblos todo género de desastres, hasta que en 31 de Agosto de 1839, el jefe de las tropas de la reina, D. Baldomero Espartero, y el de los carlistas don Rafael Maroto, celebraron un convenio en los campos de Vergara, por el cual se unieron los dos ejércitos, y D. Carlos tuvo que refugiarse en Francia. Con este acontecimiento, estando ya sancionada en el reino una ley que excluía de la sucesión al trono español á D. Carlos y toda su línea privándole de volver á España, quedó en pacífica posesión de sus estados doña Isabel II.





LA BONDAD DE CARACTER

Era el día 25 de Mayo, día en que la iglesia celebraba la Ascensión del Salvador á los cielos, y en el que varias niñas del colegio recibían por primera vez la Sagrada Comunión. El señor cura, protector de aquel establecimiento, cuando las niñas estuvieron reunidas, pronunció una breve plática para que meditasen la solemnidad del acto que se iba á verificar. Principió exhortándolas á la oración, y seguidamente añadió:

«Es una obligación imprescindible asistir al santo sacrificio de la misa; pero sepa toda niña que no sirve estar corporalmente presente si su ánimo se distrae de lo que allí se hace, si no está con la reverencia que se debe delante del Rey de los cielos y de la tierra.

Al mismo tiempo que la oración, es necesaria la frecuencia de los Sacramentos. La confesión y la comunión son como dos fuentes de gracia que Dios instituyó para socorrer nuestras necesidades. En la primera hallamos un remedio para curar todos nuestros males, y la segunda nos ofrece un alimento para el alma, que mantiene y alimenta nuestras fuerzas. En la confesión nos purificamos de todas las manchas que hemos contraído, y con la comunión nos fortalecemos contra las ocasiones que se nos presenten de incurrir en el mal. Las personas que frecuentan los Sacramentos son constantemente modelos de virtud, de temperancia y de piedad; las que retardan el acercarse á ellos caen fácilmente en muchas culpas, les falta la virtud y su piedad se debilita. Pero no basta llegar á recibir los Sacramentos sólo por la obligación de hacerlo; es preciso llevar al confesonario un vivo sentimiento de los pecados y un propósito firme de no volver á cometerlos. Al recibir la Sagrada Comunión, debemos acercarnos con una humildad profunda y con un amor ardiente de Jesucristo. No son apariencias ni nuestras palabras lo que Dios exige de nosotros: son nuestros afectos y nuestro corazón. A él se digna bajar el Divino Salvador en la Eucaristía, nos le conforta y le da la vida. Este es el beneficio más precioso que recibimos del Altísimo; no seamos á él ingratos, pongamos nuestro más ardiente amor en Dios, que es sólo quien merece poseer nuestro corazón.»

Terminada la plática del sacerdote, se dió principio á la misa cantada con toda solemnidad. En ella recibieron la Sagrada Comunión las niñas, con tal fervor y recogimiento, que edifica-

ron á las muchas personas que allí se hallaban presentes. ¡Cuán dulce satisfacción es para una madre oír los elogios que se hacen de sus hijos! Las madres de aquellas niñas, oyendo las alabanzas que las demás les tributaban, sintieron todo el gozo que al corazón le es dado disfrutar sobre la tierra. Después del acto religioso en el templo, salieron las niñas por las principales calles de la ciudad, llevando en procesión una hermosísima imagen del Niño Jesús.

En aquella tarde todas las educandas se hallaban en paseo, manifestando en sus semblantes el candor y la alegría, dando brillo á su hermosura el buen gusto y delicadeza de sus trajes, aunque sin ostentación de lujo ni vanidad.

Cuando la señora del Colegio había prescrito á sus discípulas el adorno en que se deberían presentar en la fiesta de aquel día, cuidó muy bien de aconsejarles evitasen cuanto pudiese asemejarse á los caprichos de la moda. «El vestir ostentando el fausto y la inmodestia, les dijo, es contrario á la ley divina, que nos prescribe la modestia y la humildad. Toda mujer bien educada y juiciosa debe vestir con decencia sin exageración ni ridiculez; no sujetarse á la moda servilmente, ni tampoco despreciarla con obstinación. Si para alternar con cierta clase de gentes en la sociedad nos es preciso algo más que la sencillez, una joven cristiana debe mirar los adornos con prudente indiferencia. Tales eran los sentimientos de la reina Ester, que cuando por precisión tenía que presentarse con el aparato de la dignidad real, exclamaba, dirigiendo á Dios estas palabras:

«Bien sabes que esta pompa, que este ornato con que he de aparecer á pesar mío los días que el orgullo solemniza, interiormente yo los desestimo.

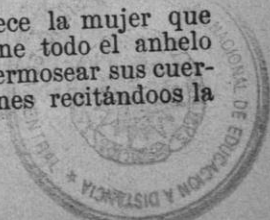
Que prefiero á estos vanos exteriores que ostento, la ceniza, el polvo mismo, y que solo este llanto me deleita, que tú me ves verter tan de continuo.»

Las personas vanas forman toda su gloria en el lustre de su buen parecer, y se consumen de envidia cuando ven que otras brillan más que ellas; pero las verdaderamente virtuosas, en vez de joyas, vestidos y riquezas, codician las buenas cualidades de aquellas que las rodean. La modestia, la amabilidad, la circunspección y la prudencia son el adorno conveniente á todas las condiciones y á todas las edades; no está sujeto á las mudanzas de la moda; siempre conserva su esplendor, y en todo tiempo es igualmente estimable. Una joven al ponerse delante del espejo, para sus adornos, debería siempre tener presentes estas máximas, diciéndose á sí misma si es fea: *¿Cuál será mi desgracia si á más de fea me hago mala!* Y si es hermosa: *¿Cuán apreciable seré si vivo honesta y virtuosa!*

Sí, niñas mías: nada embellece tanto como las virtudes y la bondad de carácter. El vulgo suele mirar con desdén un traje poco ataviado; pero las personas sensatas aprecian en su justo valor las prendas personales de quien le lleva. Muchas mujeres pudiera citaros que, viviendo en medio de la desgracia, por su apreciable conducta llegaron á la mayor fortuna. Ejemplo de esto es la esposa de Luis XIV, rey de Francia.

Nació aquella señora en una prisión en donde sus padres estaban encerrados. De allí salió á la edad de tres años para ser llevada á la América. Un criado la dejó en una playa, y en el momento que una serpiente iba á devorarla, un esclavo la libró dichosamente de aquel peligro. Cuando tenía doce años la llevaron otra vez á Francia, y no teniendo ya ni padre ni madre, se vió en la precisión de quedarse en la casa de una de sus parientas, que la trataba con la mayor aspereza. Los malos tratamientos y privaciones que allí sufría la obligaron á casarse con un poeta pobre y tullido, cuya casa era frecuentada de todos los literatos y señores, á quienes encantaba con su buen humor y talento. Su esposa también se hizo estimar por su agradable conversación, por su modestia y por su virtud. Este aprecio le fué de grande utilidad. Murió su marido, y habiéndola dejado en la miseria, todos los señores que la conocían se interesaron por ella. Le hablaron á Luis XIV, y tal elogio le hicieron de su mérito, que aquel príncipe quiso verla. En efecto, la vió y la oyó hablar, y halló que se la habían ponderado poco. La ocupó ventajosamente entre las damas de la corte, y ella supo ganar de tal modo poco á poco la estimación del rey, que al fin éste resolvió casarse con ella, como lo verificó, aplaudiendo su elección todos cuantos conocían el mérito verdadero de aquella señora.

Tal es el premio que merece la mujer que para embellecer su alma pone todo el anhelo que muchas emplean para hermosear sus cuerpos. Concluiré mis reflexiones recitándoos la siguiente



FABULITA

Margarita, niña odiosa,
por su mala condición,
se llenó de presunción
viéndose al espejo hermosa.
Un día que muy gozosa
en cierto jardín entró,
unas manzanas halló
de tal belleza y fragancia,
cual nunca en su tierna infancia
otras parecidas vió.

Brillantísimo encarnado
la fruta hermosa tenía;
color que pálido hacía
al del coral y el granado.
Gusto recibió estremado
la niña sólo al pensar
que si se pudo criar
fruto de tal parecer,
por fuerza debía ser
dulcísimo al paladar.

Fijó la vista entre mil,
y escogiendo la más bella,
clavó los dientes en ella
con regocijo pueril.
Pero la manzana vil
ocultaba en su interior
tal dureza y amargor,
que cuando llegó á probarla,

tuvo al punto que arrojarla
con angustioso dolor.

El padre, que oculto estaba
el caso aquel observando,
se presentó, consolando
á la niña que lloraba...
Esta fruta, dijo, acaba
de mostrarte con verdad
en su aparente beldad
y su interior amargura,
*que no vale la hermosura
cuando falta la bondad.*





LABORES DOMÉSTICAS

Julia y Elisa, cuando concluyeron la primera enseñanza, ya llegaban á una edad en que podían entender del gobierno de la casa; y doña Adelaida, con el fin de completar la educación de sus hijas, dispuso que se ocupasen, alternando por semanas, en los quehaceres domésticos. Las dos hermanas tomaron su nueva ocupación con la mayor complacencia, pues aunque su fortuna era superior á la de aquellas personas que por su oscuridad ó su medianía se ven precisadas á emplearse en trabajos groseros, como sabían que aquello les era provechoso para su instrucción, de nada se desdeñaban.

Al imponer aquella buena madre á sus hijas

estos nuevos deberes, les dirigió las siguientes reflexiones:

«De nada sirve, hijas mías, á una mujer la instrucción intelectual si no va acompañada de las condiciones que la constituyen una buena madre de familia, económica y laboriosa. Las jóvenes que no habiendo sido educadas sino para primores, como la música, el baile, los bordados y otros, no saben hacer nada del gobierno de la casa, cuando toman estado todo les detiene y todo les es fastidioso. No saben hacer ni mandar lo necesario. Es preciso que se confíen de otra persona, que abandonen todas las ocupaciones domésticas á los criados, los cuales las engañan ó corresponden mal á su intención. De tal falta resulta el desorden, la confusión en toda la casa, y á veces el trastorno, la decadencia y menoscabo de la hacienda más rica. Un proverbio dice que las *mujeres son la ruina ó el apoyo de las casas*, y esto así se verifica. Las que con el tiempo se han acostumbrado al trabajo, esta feliz costumbre las acompaña en todas partes, y su mayor satisfacción la encuentran en el cumplimiento de sus deberes: no hay para ellas diversión como el ocuparse en el cuidado de su familia, y el tiempo se les hace corto para tales ocupaciones; viven tranquilas y virtuosas, siendo su conducta la más meritoria y útil á los ojos de Dios y de los hombres. Todo el mundo hace aprecio de una mujer laboriosa, mirándola como el tesoro de una casa, porque su vigilancia, su economía y su actividad, hacen reinar en ella la paz, el buen orden y la abundancia.»

Doña Adelaida, para que sus hijas desempeñasen con acierto sus nuevos cargos, por sí misma las dirigía y las acostumbró á conocer los

precios y calidad de los lienzos, de toda clase de telas, de una vajilla y de todos las demás utensilios, lo cual en poco tiempo lograron los dos hermanas, acompañando á su madre cuando tenían que hacer algunas compras. Las enseñó en qué tiempo deben hacerse la provisiones, para ser los artículos mejores y más baratos. Las instruyó en todos los pormenores necesarios para alhajar una casa, y las impuso en lo conveniente cuando se trata de dar un convite con alguna delicadeza. En fin nada omitió de cuanto se requiere para una prudente y noble economía, que tanto se aleja de una vergonzosa avaricia como de una ruidosa prodigalidad.

LA MUJER EN SOCIEDAD

Constantemente las acciones de una mujer deben dirigirse á merecer la mejor opinión. Esta es una joya inestimable para toda joven, y la debe conservar á costa de los mayores sacrificios. La reputación de una mujer es como un espejo, al cual el menor aliento le oscurece. Por inocente que sea una mujer joven, la menor indiscreción, la más pequeña imprudencia la hace creer culpable. Un aspecto libre, un adorno afectado, todo deseo de hacerse notable y de agradar debilitan el pudor de una joven, que consiste en el recato, la modestia; después de haber sido bien educada, debe tener cuidado de apartarse de los menores peligros.

Julia y Elisa eran un modelo de perfecciones. Cayó enfermo gravemente su padre, y ellas, con tierna solicitud, pasaban el día entero á la cabecera de la cama, compartiendo entre las dos el cuidado de suministrarle con la debida exactitud los medicamentos. Era grande su

aflicción, temiendo por la vida de su padre; pero hacían un esfuerzo y procuraban al mismo tiempo animar á su desconsolada madre. La divina Providencia, que nos proporciona los socorros para las necesidades que experimentamos, volvió la salud al enfermo, y con ella renacieron la felicidad y la alegría en toda la casa.

Las personas que dispensaban su amistad á tan apreciable familia no dejaron un día de pasar á informarse del estado de D. Carlos. Cuando ya estuvo en convalecencia, su esposa y las dos hijas mayores recibíanlas visitas, y en ellas, como siempre, lucía la bondad de su carácter. Este se hallaba cimentado en su excelente corazón, lo cual es el mayor elogio que puede hacerse de una mujer.

En efecto, la mujer que se halla dotada de esta bondad conoce los beneficios que recibe y sabe agradecerlos; se abstiene de todo cuanto pueda causar á otros algún disgusto, y hace todas las gracias y servicios que puede. Cuidadosamente aleja de sí toda palabra y toda obra que la pueda presentar como ingrata ó indiferente con las personas á quienes deben algún beneficio.

En sus palabras y procedimientos una mujer bondadosa evita cuando pudiera ofender y contristar á cualquiera otra. Por esto se abstiene de dichos satíricos, burlas y chanzas, que casi siempre traen su origen del deseo de disgustar y mortificar á los demás. Perverso corazón tiene todo el que se complace atormentando á sus semejantes.

Un defecto en las mujeres, muy general, es la murmuración. Esta falta se opone claramente á los preceptos de la religión cristiana. Jesu-

cristo nos recomienda la caridad con el prójimo, nos manda que nos amemos mutuamente como hermanos, y no es amar á otro quitarle su reputación. La verdadera caridad, en vez de divulgar los defectos ajenos, los cubre con el velo del silencio, y cuando son públicos, procura disculparlos prudentemente. Muchas mujeres abusan de su entendimiento murmurando, lo cual tienen algunos por chistes ingeniosos; pero las personas juiciosas califican este pensamiento con las palabras de un antiguo filósofo, que decía: *La mujer murmuradora, aunque sea festiva, es muy perversa; por más que tenga un entendimiento de ángel, tiene también una lengua de víbora.*

Es igualmente otra falta muy común en la mujer no saber sufrir los defectos de las personas con quienes trata. Es la mujer naturalmente muy sentida y delicada; y así, la que no tiene un gran fondo de prudencia y de virtud, una ligera chanza, una burla inocente, un pequeño desaire irritan su amor propio y ofenden su delicadeza. Para ser una mujer tratable han de servirle de freno la modestia y la compostura; debe reprimir su impetuosidad, y los defectos de otros disimularlos ó corregirlos con destreza, siempre que estuviere en su mano el hacerlo.

Finalmente, hay otra cualidad que debe poseer toda mujer bien educada. Esta es el saber guardar un secreto. Lo que se ve ó se oye, cuando á otro le interesa que no se divulgue, hacerlo público es faltar al amor que á los demás les debemos, causando un daño que puede ser de gravedad. Un secreto es un depósito sagrado, y la persona que no sabe guardarle se hace indigna de la confianza y estimación de los demás.

LA URBANIDAD

Es la *urbanidad* la que nos enseña el modo de vivir en la sociedad con rectitud, modestia, buen modo y prudente condescendencia. Para proceder con acierto en punto de urbanidad, debe comportarse cada uno según su edad y condición, atender siempre á la calidad de las personas con quienes trate, y considerar el tiempo y lugar donde se halle.

La primera prenda de una mujer es el pudor; por lo tanto, debe abstenerse de todo lo que manifieste desenvoltura, sobrada familiaridad ó falta de sanas costumbres.

Nunca debe presentarse á medio vestir delante de personas de alguna consideración ó de diferente sexo. En todo su aspecto debe notarse un esmerado aseo. Por la calle debe ir con modestia, sin volver atrás la cabeza ni salir al encuentro de las miradas de los hombres; y si alguno al paso le dijese algo, ella seguirá como si nada hubiese oído.

En la iglesia jamás debe entrar una mujer con la cabeza descubierta. Su porte allí ha de ser considerando que se halla en el palacio del Rey de los Reyes. No es lícito sentarse cuando el Señor está manifiesto; pero sí lo es cuando no lo está; y en este caso se ha de tener el cuerpo derecho, sin recostarse ni volverle á todas partes, manifestando poca devoción.

Cuando una señora entra en visita, debe saludar primeramente á los dueños de la casa, después á las personas de mayor distinción, y últimamente á los demás circunstantes; pero siempre á las señoras antes que á los caballeros. El bostezar ó estornudar se hará sólo cuando

fuere inevitable; y entonces poniendo el pañuelo delante de la boca y sin hacer ruido, volviendo un poco á un lado la cara, se dan las gracias al que haya saludado al estornudar. El eructar es una gran indecencia. Si en presencia de alguna señora se dijese alguna expresión que fuere libre ó descompuesta, ella debe aparentar no haberla oído, ó en su semblante manifestar que la reprueba. Para referir algo, se hace sin digresiones; no se dice por quién se ha sabido, y no se ofende con el lenguaje al ausente. Al hacer mención de varias personas, la que habla, si tiene que ser una de ellas, cuidará de contarse la última. Nunca una mujer debe hablar en su propio favor.

Cuando una persona que está hablando se detiene ó equivoca, no se le debe corregir. Es mucha grosería bostezar, dormirse ó manifestar fastidio cuando están otras personas hablando. En la conversación deben alternar todos los presentes, y no quererlo hablar todo una persona sola, ni tampoco interrumpir al que tiene la palabra. Es impolítico delante de varias personas hablar con una en secreto.

Las niñas no deben tomar parte en la conversación de los mayores, y sólo cuando éstos les dirijan la palabra, contestarán sin afectación ni desenvoltura.

Cuando se recibe algo de mano de otro, se han de dar gracias, y en cosa de regalo no se han de decir defectos, y sí recibirlo con agasajo. Nunca se ha de mostrar deseo por cosa ajena ni comprometer para que otra persona regale.

Al despedirse una señora, saludará primero á las de la casa y después á las demás, por el orden de su consideración. La que recibe las

visitas ha de hacerlo con mucho agrado, y á las señoras despedirlas acompañándolas hasta la puerta.

En la mesa, para comer, no se ponen los codos encima del mantel, ni de modo que incomoden á las personas inmediatas. No se manifiesta deseo de principiar á comer, y se debe aguardar á que lo hagan los de más respeto. La comida no se sopla para enfriarla; no se refriega el plato con el pan, ni se hace ruido con la boca para comer y beber. El vaso se coge sin apretarlo con toda la mano, y los labios se limpian antes y después. El pan se corta con el cuchillo un pedazo, y de él se va luego partiendo con los dedos para comer en pequeños trozos. No se come pan con la sopa ni con los postres, á menos que no sea dulce de almíbar. Jamás debe mirarse á lo que comen los demás; no se dicen los defectos que tenga un manjar, ni se hacen cosas que puedan causar asco á las demás personas. A la que hace una fineza no se la debe desairar, y al recibirla se dan las gracias. Nada se toma con los dedos para comer. Los huesos, espinas ó cáscaras se dejan en el borde del plato. El tenedor ó cuchillo no se limpia en el mantel.

Para dejar la mesa, se aguarda á que lo hagan las personas de más respeto.

En tertulia se usa más franqueza que en visitas, pero siempre con decoro; á los ancianos se les debe todo respeto y consideración.



LA ELECCIÓN DE ESTADO

Llegó tiempo en que Julia fué pedida en matrimonio por un joven cuya reputación era de lo más apreciable. D. Carlos en esta ocasión tenía que llenar uno de los deberes más sagrados para un padre, cual era aconsejar á sus hijas acerca de la elección de estado, cuidando de jamás violentarlas en su voluntad. Elisa, desde algún tiempo, manifestaba cierta vocación para el claustro, así su padre habló á las dos en estos términos:

«En la elección de estado, hijas mías, debe procederse con mucha madurez, como que de ella depende nuestra felicidad. Se puede servir á Dios en cualquier estado, y el mejor es aquel

que, después de bien consultada nuestra conciencia, encontramos ser por el que el cielo nos llama. El del matrimonio es muy santo, muy meritorio á los ojos del Señor, cuando en él se observa una vida pura y arreglada; pero es necesario que al decidirse la mujer en asunto tan grave, no se deje cegar por los atractivos de una hermosura exterior, de una loca vanidad ó de una incontinente avaricia. No es la categoría y la figura, sino el carácter y la virtud del marido, lo que hace dichosa á la mujer.

»El estado del claustro es mucho más tranquilo que el del siglo. Una religiosa está libre de los cuidados de una familia, y puede mejor cumplir sus obligaciones y santificar su alma, pero tiene muchas violencias que hacerse para soportar los rigores de su estado; necesita una gran vocación. Las privaciones que allí sufre arrebatan continuamente su imaginación, y si su vocación no es perfecta, los mismos medios que allí tiene para la salvación de su alma, se vuelven contra ella para perderla.»

Terminó D. Carlos sus reflexiones, atendiendo á que la corta edad de Elisa le daba tiempo á pensar y decidir en punto á sus deseos, y las muchas virtudes de Julia, con las relevantes prendas que adornaban al que iba á ser su esposo, le aseguraban su completa felicidad.

Se verificó la boda, y el joven marido, que se hallaba establecido en una población distante de aquella en que se había criado su esposa, marchó con ella á su casa, dejando á doña Adelaida y D. Carlos traspasados de dolor por esta separación, si bien satisfechos por la buena colocación que habían dado á la mayor de sus hijas.

Las gentes que las conocían no se cansaban de elogiar á estas jóvenes que, educadas en los principios de la sana moral y verdadera religión, sabían conducirse con aquellos á quienes trataban teniéndoles todas las consideraciones que también ellas querían que les tuviesen. Su razón era ilustrada, su entendimiento despejado, bondadoso su corazón y perfectas sus costumbres. Todas las madres las ponían por modelo á sus hijas, diciéndoles: «Ved aquí el espejo que debe servir á toda niña para ser virtuosa, instruída y amable: *miraos en ese espejo.*»

LA HERMANA MARTA.

Ana Biget nació en el pueblo inmediato á Besançon, el 26 de Octubre de 1748. Desde su infancia mostró un genio afectuoso y compasivo, haciéndose amar de cuantos la conocían. Un día, llevando algunos regalitos á sus hermanas, que se hallaban en un colegio de Besançon, se los dió á los presos que halló en el puente de la ciudad. Cuando llegó á la edad de tomar estado, entró como hermana conversa en el convento de la Visitación. En el ejercicio de estas funciones, la hermana Marta recibió el nombre de religiosa, que había de hacerla tan digna de la gratitud pública. Desde los primeros instantes de su entrada en el convento añadió todas las obras de caridad á la observancia de la regla. El arzobispo de Besançon la permitió visitar á los presos, á los cuales ella llamaba sus amigos. A ellos consagró todos sus cuidados cuando la revolución destruyó la orden de religiosas á que pertenecía. La hermana Marta vivía en una pequeña casa. Con tan escasos recursos, esta mu-

jer caritativa llegó á ser una providencia para los pobres. Su morada era el asilo de los ancianos, de los huérfanos y de los enfermos necesitados. Ella les distribuía limosnas y alimentos; ellos encontraban en la hermana Marta una infatigable protectora. Ella se multiplicaba, digámoslo así, para socorrer, y su caridad no se detenía en ningún obstáculo; pedía de puerta en puerta para los pobres, y era tal la veneración que inspiraba, que cualquiera se avergonzaba de no contribuir con algún donativo á su admirable caridad. La hermana Marta recorría los pueblos inmediatos visitando, consolando y asistiendo á los enfermos; ella les proveía de medicamentos, preparándolos con sus propias manos; arrostraba todas las fatigas; ni el ardor del verano ni el rigor del invierno podían disminuir su celo. Por insufrible que fuera el frío, ella nunca encendía fuego para calentarse. «Tal gasto, decía ella, sería una usurpación hecha á los pobres.» Su solo alimento fué por espacio de once años pan de lo más moreno y leche. Frugalidad tan extrema le daba medios de hacer mayor bien.

Ocurrió desgraciadamente que un incendio, el 23 de Marzo de 1825, prendió en un caserío cerca de Besançon; la hermana Marta fué de las primeras en acudir á aquel teatro de desolación. Su ejemplo, más poderoso aún que sus exhortaciones, excitando y sosteniendo el valor de los trabajadores, contribuyó poderosamente á contener los progresos del fuego, y su resolución salvó á una gran parte de los habitantes. En una de las casas, presa de las llamas, vivía una mujer llamada Catalina Simón, nodriza de dos niños, y el incendio se había cebado tan completa-

mente y con tal rapidez en la casa, que la infeliz nodriza no había podido librarse, huyendo de la horrorosa muerte que la amenazaba. Su pérdida y la de sus criaturas parecía inevitable. No se atrevía nadie á llegar á prestarle socorro. La hermana Marta, testigo de tan cruel escena, suplicaba, mandaba y aun amenazaba, pero ninguna persona la obedecía. Ella ofrecía cuanto poseía, y hasta su cruz de oro, al que se atreviese á salvar á aquellas tres víctimas. En fin, no contando más que con su propio valor, y sin calcular el peligro ni su avanzada edad, la hermana Marta se arroja en medio de las llamas, y protegida por la Providencia, sin otro accidente que algunas quemaduras en las manos y en la cara, consigue librar de la muerte á la pobre mujer y los dos niños.

Dos años después de aquel incendio, yendo Marta en busca de hierbas medicinales por las orillas de un río, á corta distancia oyó el ruido sordo que produce la caída de un cuerpo en un agua profunda. Marta vuelve la cabeza, y distingue á un muchacho de nueve años, llamado Adriano, hijo de un pobre pastor, que habiendo caído al río, le arrebatava la corriente. Sin calcular el peligro á que se exponía ella mismo no sabiendo nadar, la compasiva mujer se precipita detrás del desgraciado, y á costa de penosos esfuerzos, después de verse á punto de perecer, salva la vida del muchacho.

En 1809, seiscientos prisioneros españoles fueron llevados á Besançon. Aquellos desgraciados iban en un estado miserable; muchos de ellos estaban heridos ó enfermos, y todos casi desnudos. La hermana Marta vió aumentarse el número de los desgraciados que debía ella soco-

rrer, sin asustarse por el cúmulo de trabajos que había de imponerle su noble ocupación. A la edad de sesenta años, parecía que la caridad le daba nuevas fuerzas; su actividad se había redoblado. Inventaba nuevos recursos para prodigar á los nuevos extranjeros los más asiduos cuidados, provee sus necesidades más urgentes y les cura sus enfermedades. Cuando los prisioneros tenían que dirigir alguna petición al comandante de la plaza, la hermana Marta era siempre un inteligente mediador. El general dijo á Marta un día: «Voy á daros una pesadumbre, buena hermana. Vuestros amigos los españoles van á salir de Besançon.—Ciertamente, respondió ella; pero he oído decir que traerán á los ingleses... Igualmente serán estos mis amigos, puesto que son desgraciados.»

Los deplorables años de 1814 y 1815 pusieron á nuevas pruebas la caridad infatigable de la hermana Marta. Todos los desastres de una guerra desgraciada desolaban la Francia. Marta despreció todos los peligros de los campos de batalla para ir á socorrer, sin distinción, á los heridos franceses ó enemigos; más de una vez se la vió acudir á ellos y curarles bajo el fuego del cañón. Después de las acciones más encarnizadas, se la encontraba en el campo ó en los hospitales, hacía que los habitantes contribuyesen con vendajes y con hilas, que hacían las jóvenes, á quienes ella reunía con este objeto; á todos comunicaba su entusiasmo. En uno de estos casos, el año 1814, la hermana Marta encontró al duque de Regio, y este guerrero ilustre hizo su elogio en estas cortas palabras: «Tiempo hacía ya que os conocía yo... Cuando mis soldados caían heridos, exclamaban: ¿A dónde

está nuestra hermana Marta?» En la misma época, la bienhechora de los prisioneros recibió la recompensa más digna de su buen corazón; tuvo la dicha de obtener el perdón para un pobre desertor, que ya era conducido para ser fusilado.

Las recompensas y distinciones que la hermana Marta recibió, la honraron menos que las obras á que se dedicó toda su vida. En el año de 1801, la Sociedad de Agricultura de Besançon le ofreció una medalla de plata con esta inscripción: *Tributo á la virtud*. En 1815, el ministro de la Guerra le concedió una cruz de distinción. Marta recibió en el mismo año varias medallas de oro del emperador de Rusia y del Rey de Prusia. El emperador de Austria le concedió la medalla del mérito civil. El Rey de España le dió también una condecoración.

La hermana Marta dió tranquilamente su alma al autor de toda la caridad y de todo bien el 20 de Marzo de 1824, á la edad de setenta y seis años.



MAXIMAS MORALES PARA LAS NIÑAS

Amemos á Dios sobre todas las cosas.

Aprender á conocer, amar y servir á Dios, es el único fin para que hemos sido criados.

Humíllate, querida niña, delante del ser Supremo, y reconoce en él á tu primer bienhechor.

Honra á tu padre y á tu madre: tenles completa obediencia.

Ségún hoy fueres para tus padres, así mañana contigo serán tus hijos.

¡Dichosa la joven que puede pagar á sus padres los cuidados que recibió de ellos en su infancia!

Atiende á las correcciones de tus maestros, obedece los mandatos de tus padres, y serás dichosa.

Una buena lección es el mayor de los beneficios; amemos á quien nos instruye y da buenos consejos.

El bienestar de la vida depende de la educación.

Toda niña debe ser juiciosa, dócil y aplicada.

Porque la niña juiciosa y aplicada, merece los elogios de cuantos la conocen.

Nadie debe avergonzarse de preguntar lo que no sabe.

Una buena madre quiere la enmienda de las faltas de su hija.

Una buena madre es la mejor y más fiel amiga de sus hijas.

No puede haber cosa más apreciable para una hija que el cariño de su madre.

Jamás se debe mentir, ni aun en chanza.

La niña embustera nunca es creída, aun cuando á veces diga la verdad.

El uso de la caridad es el mejor empleo de la vida, la más excelente de las virtudes y meritoria ante Dios.

Trata con amabilidad al pobre y socórrele en sus necesidades.

Nadie se burle de los desgraciados, porque ¿quién puede asegurar que será siempre dichoso?

Haz bien á tus amigos, y merecerás aprecio; hazle á tus enemigos, y te atraerás su amistad.

En vez de hablar de los defectos de otros, debes dar á conocer sus buenas cualidades.

Jamás te envanezca tu belleza, tu distinguido nacimiento ni los bienes que poseas.

No hables demasiado, que quien mucho habla mucho yerra.

Apártate, hija mía, del lado de un infame adulator.

No te emplees demasiado en el adorno, ni descuides el aseo de tu persona, y conseguirás agradar á los buenos.

La mujer que se envanece pierde todo su mérito: la vanidad es el alimento de los necios.

El primero y principal adorno de la mujer debe ser la modestia.

Las riquezas y la belleza de una mujer nada son sin la bondad del carácter

De nada sirven á una mujer la caridad y el talento, si no hace buen uso de ellos.

La mujer laboriosa en su juventud, es dichosa en la edad madura y respetada en la vejez.

El trabajo aleja las enfermedades y ahuyenta la tristeza.

Los libros devotos son luz del entendimiento y pasto del alma: la mujer aprende en ellos á conocer sus obligaciones.

La lectura de los malos libros ofusca el entendimiento y corrompe el corazón.

La mujer que se conforma con su suerte sin quejarse, es tan respetable como interesante.

No murmures de las faltas de tus compañeras, pues á tí misma te desacreditas.

Habla siempre con humildad y candidez, y todos te amarán.

La felicidad no se encuentra en los placeres del mundo.

Los trabajos padecidos por Dios, enseñan el camino de la gloria.

Dios levanta al humilde y humilla al soberbio.
No pienses, digas ni hagas jamás cosa alguna
que no te enseñe la religión cristiana.

Frecuenta sus sacramentos para conservar la
pureza del alma.

Toda niña grande amor
debe á Dios, su criador.

Dios, que la vida nos da,
en todas parte está.

Ser dichoso siempre alcanza
quien pone en Dios su esperanza.

La virtud y la piedad
hacen la felicidad.

A los ancianos venera,
y el premio de Dios espera.

Niñas que indóciles son,
no merecen compasión.

Guardar sumisión filial
es la virtud principal.

La que de niña es juiciosa,
buena será cuando esposa.

Una niña bien criada,
de todos es apreciada.

La afición á trabajar,
aminora el malestar.

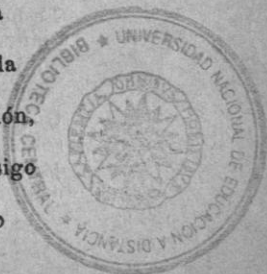
El trabajo con prudencia
al cuerpo da consistencia.

La virtud bien practicada
es siempre recompensada.

Haz hoy una buena acción,
y al bien tendrás afición.

La maldad siempre consigo
lleva el debido castigo.

Faltas de poco momento
lava el arrepentimiento.



Al débil, en su aflicción
se le debe compasión.

Un tesoro inapreciable
es una amiga invariable.

Quien un favor otorgare,
jamás en cara lo echare.

Nunca desprecies al pobre,
por más que el oro te sobre.

Ahuyenta la vanidad
practicando la humildad.

Jamás conserves rencor
al que fuese tu ofensor.

Quien las ofensas perdona,
en Dios halla la corona.

Perdonar al ofensor
es la venganza mejor.

Es de innoble corazón
mentir en toda ocasión.

No hay consultor de más ciencia
que una tranquila conciencia.

Sé compasiva y prudente
al tratar á tu sirviente.

Si mandar has de saber,
antes sabe obedecer.

A la mujer más hermosa
la soberbia la hace odiosa.

La honra, una vez extraviada,
ya jamás es recobrada.

No hay riqueza ni solaz
en donde falta la paz.

Gasta con economía
y serás rica algún día.

Es breve el tiempo que dura
el brillo de la hermosura.

10000416243BICE
L.T. 1359





L.T.

135°

UNED